


BOLSILIBROS BRUGUERA

# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

# MUERTE VESTIDA DE ORO







COLECCION

# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

50—Yo cobro, tu callas, ellos *pagan-Ralph Barby*.

51 — La noche de «La cobra» - *Curtís Garland.*

52 — Infierno para una dama - *Clark Carradas.*

53 — En memoria de un budoka - *Lou Carrigan.*

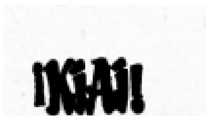
54— Pelotón Yankee - *Ralph Barby*.

CURTIS GARLAND

# MUERTE VESTIDA DE ORO

Colección ¡KIAI! n.° 55

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 34-02-0495LM
Depósito legal: B. 46,875 – 1977

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1978


Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
**SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»**

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.** Mora la Nueva. **2.** Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

# Capítulo Primero

## REFLEJOS DORADOS

Era una de las típicas noches de San Francisco. Una noche de densa niebla, formando en las calles de la ciudad aquel velo pegajoso y húmedo que difuminaba las formas y convertía en furtivas sombras cualquier presencia humana sobre el asfalto, negro y charolado por esa misma humedad.

Acostumbraba a haber noches así. La contaminación ciudadana, las brumas portuarias y la climatología de la costa californiana en la época otoñal, contribuían a formar aquella pastosa cortina gris, que llegaba a penetrar, incluso, en las ropas y en el cuerpo de las personas, agobiándolas con su viscosidad.

En algunos lugares de la ciudad, la niebla no hacía sino dificultar la visibilidad, irritar a los automovilistas y despoblar las zonas menos frecuentadas, por temor a los delincuentes habituales.

Pero en otros puntos de la bella urbe californiana, la niebla era algo más importante para ciertas personas. Sobre todo, para quienes podían servirse de ella en su propio beneficio. Y ¿quién mejor que los criminales para moverse cautelosa e impunemente en su grisáceo y sucio vapor?

Especialmente para quien en esa noche tenía que matar.

En Chinatown, dédalo a veces brillante y pintoresco, a veces tortuoso e inquietante, una figura se deslizaba en esa bruma. La figura de un asesino. De un temible y despiadado asesino.

Un asesino que despedía reflejos de oro en la niebla. Leves, fugaces, sorprendentes y extraños reflejos de oro... restallando acá y allá, en el gris de la niebla de San Francisco.

Emergió de la niebla como si ésta misma hubiera materializado su figura elástica, silenciosa, que a veces se fundía con las sombras o con la bruma, desapareciendo tan absolutamente como si fuese invisible.

Pero, aun entonces, de tanto en tanto, un relampagueo fugaz de color dorado señalaba su emplazamiento. Á pesar de que el merodeador nocturno se cubría con una especie de manto o capa negra, capaz de mezclarse con la oscuridad de la noche, debajo asomaba de vez en cuando el color intensamente dorado de otra indumentaria mucho menos comprensible, si pretendía pasar desapercibido.

Cierto que la gente de Chinatown no acostumbraba prestar demasiada atención a los demás, siguiendo la saludable táctica de no mezclarse nunca en asuntos ajenos. Y muchos chinos llevaban habitualmente vistosos atavíos dorados o plateados, cuando no rojos o verdes, originarios de las tierras de sus antepasados, y que se encontraban fácilmente en cualquier establecimiento del pintoresco barrio oriental.

Pero aquella persona no parecía, siquiera, ser de raza china. El cabello que asomaba debajo de una especie de gorro o boina negra, propio de una dama, era largo y rubio. Su cascada ondulante, asomaba por encima del cuello de la capa o manto en que se cubría.

Según todas las apariencias, el merodeador que se movía pegado a los muros de Chinatown, buscando en apariencia las zonas más oscuras y poco frecuentadas del barrio, era una mujer.

Una mujer vestida de color oro.

Llegó a un punto de las proximidades de Stockton Street, y pareció vacilar un momento, contemplando desde la sombra el tráfico de la calle. Los faros de los automóviles eran como ráfagas de luz lechosa en la niebla, conjugándose con los farolillos de colores y los distintivos luminosos, de exóticos caracteres chinos, de salones de té, restaurantes y establecimientos abiertos durante la noche.

No llegó hasta allá. Parecía poco decidida a aventurarse en tan populosa zona, quizá para no ser vista. En vez de ello, retrocedió y se fundió de nuevo en la viscosa neblina, sus ojos escudriñando cada rincón de las callejuelas adyacentes a Stockton.

Tras una nueva vacilación, se aventuró por un angosto pasaje, en el que lucían los carteles chinos, en luces verdes y amarillas, de un pequeño restaurante típico y un *dancing* occidentalizado, a pesar de su fachada típicamente oriental.

Se detuvo junto al restaurante. Leyó con ojos inquisitivos el nombre, en inglés y en chino, extendido verticalmente sobre el vidrio verde luminoso:

«EL DRAGON APACIBLE»

En su escaparate, se anunciaban las delicias del *chow-mein,* la sopa de aletas de tiburón, el *chop-suey* y otras delicias culinarias chinas. Pero, aparentemente, no había mucho público dentro.

La figura de relampagueos dorados, se envolvió mejor en su capa. El color oro no brilló ahora a la claridad del restaurante ni ante los guiños amarillos y rojos del pequeño *dancing* situado al fondo de la callejuela.

Luego, súbitamente, se adentró en una angosta puerta, situada justamente al lado de la del restaurante. La oscuridad de una escalera estrecha, que subía a los tres o cuatro pisos situados sobre El Dragón Apacible, engulló a la dama del pelo y el vestido dorados.

Cuando reapareció, haciéndose visible en las sombras, fue ya en la primera planta de la vivienda, a la claridad amarillenta de una sola bombilla colgada del techo de un corredor salpicado de puertas cerradas.

Sus pisadas no produjeron el menor ruido sobre el pavimento, a medida que avanzaba por aquel rellano, en busca de algo. Era como si pisara sobre unas suelas de esponjosa goma, incapaz de producir sonido alguno.

Se detuvo ante una de las puertas. Esta tenía el número 13 sobre una chapa de porcelana desconchada. Ningún nombre aparecía escrito sobre ella. Pero la misteriosa figura de la noche, parecía saber muy

bien adónde iba. Y, sin duda, ese lugar era justamente éste.

No llamó al timbre. En tez de ello, extrajo de entre los pliegues de su negra prenda envolvente un juego de delgadas agujas de acero curvado. Eran útiles ganzúas dignas de un especialista en robar viviendas ajenas. Le bastó probar sigilosamente tres de ellas para dar con la que necesitaba. Chascó suave el pestillo de la cerradura, al ceder. Probó el picaporte. La puerta cedía. Estaba abierta.

Las ganzúas desaparecieron en la negrura de la prenda. Las manos enguantadas actuaron con rapidez y sigilo. Cedió la hoja de madera sin el más leve ruido, y Fa intrusa empezó a deslizarse dentro de la vivienda. Una de sus manos desapareció, un momento, bajo los negros pliegues. Esta vez reapareció con un instrumento muy especial.

Era una especie de abanico plegable, totalmente de metal cada varilla, al desplegarse con un levísimo chirrido en sus dedos enguantados, era una fina lámina de acero de filo agudísimo. Una vez desplegado completamente, presionó un resorte y quedó lijo. Se parecía más que nunca a un abanico, extrañamente metálico.

Pero no era un abanico, ciertamente. Era algo infinitamente más peligroso y mortífero. Se trataba de un tessen[1].

Una terrorífica arma oriental, utilizada en las *Artes marciales.*

Con aquel singular objeto en su mano, la figura se adentró en la vivienda. La capa negra se abrió de nuevo. La luz arrancó destellos de oro de su indumentaria.

Los dedos hábiles aseguraron con firmeza aquella especie de abanico metálico, cuyas afiladas láminas mostraban sus bordes centelleantes, en número superior a la docena. El objetivo final de aquella prenda, era un misterio. Pero no lo fue por mucho tiempo.

La figura sigilosa llegó junto a la puerta de una habitación. Del interior de ella emergía un fuerte hedor a alcohol y a tabaco. También a sudor y abandono.

Había una tenue claridad, y ni siquiera procedía del interior de la habitación, sino de la ventana asomada al callejón, por cuyos

vidrios entraba un reflejo de luces verdes, amarillas y rojas, salpicadas de guiños y parpadeos intermitentes. Una persiana a medio caer, impedía, en muy escaso grado, que esa claridad llegara hasta una cama desordenada, sobre la cual yacía tendido un individuo de aire indolente, camiseta sucia y piernas desnudas, velludas y musculosas, sin otra prenda que un braslip tampoco demasiado limpio.

*(1) Tessen: abanico plegable con varilla:» de hierro o acera, de borde muy afilado. Antigua arma oriental, que se podía utilizar para golpear a corla distancia o para arrojar a cierta distancia. Al tener sus varillas muy afiladas podía degollar fácilmente a una persona, si alguien la manipulaba era un experta. Actualmente se utiliza muy poco, dada su peligrosidad, al contrario del nunchaku a el hambo.*

Parecía resoplar a causa de un exceso de bebida. Había dos mesas volcadas en el suelo, junto al lecho una de ellas aún mediada de licor ambarino. Un cenicero, mostraba una pila de ceniza y puntas de cigarrillo, no lejos de un paquete vacío y arrugado, y otros dos empezados.

Por si ello fuera poco, un estuche con aguja hipodérmica y jeringuilla, aparecía abierto, junto al cenicero Evidentemente, el tipo se inyectaba, también. No había droga alguna a la vista, pero quizás sería heroína.

La figura dorada permaneció unos momentos enfrentada a tan abyecta estampa humana. Una luz en los ojos fríos, fijos en el que yacía, pareció competir con los reí lejos dorados de su atavío. Luego, lentamente, dio un paso adelante. Y olio más.

En el lecho, el hombre pareció sentir algo. Resopló, se agitó, como si tuviera una pesadilla. Eructó soezmente, despidiendo un agrio hedor a alcohol, *y* de repente abrió los ojos.

Los tenía inyectados en sangre. Los clavó con torpeza en el intruso. Pareció dudar, como si no entendiera nada de todo aquello. De repente, esos ojos se dilataron. Se irguió, sentándose en la cama, con gesto entre perplejo y aterrorizado.

— ¿Qué? —aulló—. ¿Qué diablos significa...?

Eso fue todo. La figura seguía allí, despidiendo fulgures de oro. Un rostro, en la sombra, revelaba un destello de pupilas heladas e implacables. Una voz glacial escapó de los labios, iluminados a veces por los parpadeos rojizos y amarillos de abajo:

—Recuerda, Marston. Recuerda bien. Es la muerte. El oro es la muerte... para todos. Llegó tú turno...

— ¡No! —Clamó—, ¡No, tú no puedes ser... *ella!*

No dijo más. Mientras boqueaba aún, algo metálico zumbó en el aire. Una serie de vibrátiles láminas de acero fueron al encuentro de sil garganta. Cada una de ellas era igual que una navaja de afeitar. Cada filo era la muerte centelleante. La mano enguantada no vaciló al

arrojar el abanico mortal. , ciertamente, era una mano experta en el manejo del *tessen.*

El abanico de metal se clavó, con un chasquido espeluznante, en la garganta del tal Marston tendido en el lecho. Este se agitó, alzóse, en un respingo, tratando de entender lo que sucedía.

Su mano había colado hacia la mesilla de noche, derribando el cenicero, con todo su contenido, e incluso la jeringuilla y el estuche. Llegó a abrir el cajón, y sus dedos rozaron angustiadamente la negra culata de un revólver chato, calibre 38, de cañón corto y metal negro, pavonado.

No hizo más. No tuvo tiempo ni vida para ello. Las láminas de acero, en abanico, se habían clavado profundamente en su cuello. Desgarraron su piel y su carne, penetrando hasta su tráquea y su carótida. El resultado, era la degollación fulminante.

Marston exhaló un alarido ronco, que le hizo expulsar abundante sangre por la boca y la herida donde aún vibraba, clavado, el mortífero abanico oriental, hecho de afiladas hojas metálicas.

No pudo salir de la canta ni empuñar su arma. Cayó de costado sobre el lecho, y su rostro se desencajó con la lividez y la crispación de la muerte. La sangre corrió por las rugosas y sucias sábanas. Fue como un apocalipsis de muerte y de sangre. El cuerpo hizo espasmos violentos, hasta terminar boca abajo, enrojeciéndolo todo, inmóvil y con los ojos desorbitados, fijos en la nada.

Era como si nada hubiera sucedido. Alrededor del cadáver, el ambiente seguía siendo hediondo y fétido, sórdido y miserable. En la puerta, con fría serenidad, la persona que degolló al ocupante de la vivienda con un *tessen* mortífero, se limitó a dar media vuelta, tras dirigir una mirada indiferente, fría, casi despreciativa, al hombre muerto.

No recupero el abanico metálico de muerte. No hizo nada en aquella habitación. Tan sólo se marchó, sin más. Con sus pisadas silenciosas, con sus movimientos felinos y cautelosos.

Se envolvió mejor en su capa negra, ocultando los destellos dorados del vestido. Unos destellos que parecían haberse quedado petrificados en las pupilas inmóviles y frías del muerto, ya que fue lo último que captó de su asesino.

Momentos más tarde, la puerta del apartamento número 13 de la vivienda situada sobre El Dragón Apacible, se cenaba suavemente, tras haber partido de allí el visitante ejecutor.

Una sombra negra y dorada se perdió, poco después, en la noche y en la niebla de la ciudad, por el dédalo sinuoso y pintoresco de las callejuelas de Chinatown.

Un cadáver ensangrentado, en una sórdida habitación maloliente, era el rastro que quedaba del paso de esa sombra por el angosto callejón de luces parpadeantes...

# CAPITULO II
# TERROR EN CHINATOWN

El teniente Dobkin, de Homicidios, lanzó un resoplido, mientras contemplaba la habitación desordenada, las sábanas ensangrentadas, y la ambulancia emitía, allá fuera, su estridente sonido de sirena, partiendo hacia la Morgue con el cadáver de Leu Marston, víctima de un homicidio casi fantástico.

—Siempre tienen que ocurrir, aquí, las cosas más raras del mundo —farfulló entre dientes, el policía de color, rascándose sus rizosos cabellos con disgusto—. Un hombre puede morir de un disparo, una cuchillada o un golpe en la cabeza. Pero aquí las cosas han de ser más complicadas, más sofisticadas que en ninguna otra parte. ¡Y eligen un maldito abanico chino o japonés, o lo que diablos sea, para algo tan sencillo como degollar a un tipo alcoholizado y saturado de drogas hasta las pestañas, como era Lew Marston! ¿Dónde está el sentido de todo esto?

Pero, naturalmente, ni siquiera el cadáver hubiera podido responder a sus interrogantes, de haber continuado allí. Sus hombres, que sacaban fotografías y tomaban huellas por doquier, con ese escepticismo que ciertos crímenes provoca en los hombres de la policía, seguros de que lo rutinario rara vez conducirá a nada positivo, tampoco podían ayudarle gran cosa en sus dudas. De modo que Dobkin lanzó otro gruñido y abandonó la estancia, para salir al

corredor y encender allí un cigarrillo. Otros dos hombres uniformados vigilaban la escalera, y un chino menudo, gordinflón y risueño, permanecía dando paseos por el rellano, como esperando algo.

Dobkin se le enfrentó bruscamente. Su gesto era hosco.

— ¿Usted es Peng Hua, el dueño de El Dragón Apacible? —indagó.

—El gerente, señor —sonrió maléficamente el oriental. Inclinándose con la ceremonia propia de su raza—. Sólo el gerente. El restaurante es de la *Cadena Zeleste.*

— *¿Zeleste?* —Dobkin enarcó las cejas—. ¡Oh, entiendo! El gran *trust* de restaurantes y salones de té del omnipotente Loo Wong, ¿no es cierto?

—Eso es —sonrió el chino—, honorable Loo Wong, gran señor y amo de todo. Yo trabajo para su empresa, teniente.

—Ya. Se dice que, además de restaurantes y salones de té, regenta fumaderos de opio y distribución de heroína y morfina. ¿Es cierto, Pene Hua?

— ¡Cielos, señor! ¿Cómo puede saber nada este humilde empleado? Supongo, como todos, que el muy honorable Loo Wong sólo se ocupa de negocios honestos y legales.

— ¡Oh, claro, claro! Me conozco la cantinela, amigo — cortó Dobkin, seco—. Para usted, todo es honorable exquisito y legal. Su amo es el mejor y más honorable de los hombres, y sus negocios limpios como un cielo sin nubes. Me conozco todos esos términos de memoria. Y no me afectan en absoluto. Ni me los creo, ¿entiende?

—Pero teniente, yo... yo digo la verdad... —repitió el oriental, siempre con su sonrisa fija en los labios, como si todo fuese para él amable, risueño, carente de malicia—. Regento un negocio honrado; sino la mejor comida de mi país, y tengo un prestigio...

—Claro. También su jefe tiene un prestigio, Hua. Pero de rufián redomado. Lo malo es que tiene demasiado dinero e influencias. Es un *pez gordo* del barrio chino. Un pillo de altura. Es difícil cogerle. Algún

día, sin embargo, lo conseguiré, pese a todo, y cerraré sus infectos garitos de drogas al mismo tiempo que a él le meto para muchos años en una celda de San Quintín.

El rostro del chino era como una máscara invariable, siempre sonriente, incapaz de emoción alguna. Ni miedo, ni inquietud, ni tan siquiera cinismo o indiferencia. Nada. Un absoluto vacío de expresión, como una carátula de porcelana de las que vendían en las pequeñas tiendas de antigüedades de Chinatown, eso era todo.

Dobkin se sintió realmente irritado. Su rostro oscuro reveló disgusto, sus labios gruesos soltaron un gruñido, y se alejó hacia la escalera, mascullando entre dientes cosas bastante malsonantes.

Alcanzó el pasaje donde se hallaban el *dancing* y el pequeño restaurante de la *Cadena Zeleste,* del poderoso hampón del Barrio Chino, el gran Loo Wong, llamado también por muchos *El Mandarín,* no se sabía si por su aspecto y sus ropajes, propios de otros lejanos tiempos de la China milenaria, o porque, realmente, era un auténtico mandarín a nivel de los bajos fondos de San Francisco.

Tuvo una sorpresa al ver a uno de sus agentes, conversando con una joven china de bonita figura, corta falda abierta lateralmente hasta el punto más alto del muslo que la dudosa moralidad de la zona permitía, zapatos de alto lacón, y bolso colgado de< hombro. La muchacha era extremadamente joven, iba muy pintada para lo que acostumbraban las de su raza, y, además, lucía un descote muy profundo, por el que asomaban sus pequeños, pero bien formados senos.

— ¡Hola! —Dijo Dobkin—. ¿Alguna novedad, agente Randall? ¿Quién es esta preciosidad?

—Soy Lu, del *dancing* —dijo la muchacha, con una dulce sonrisa, señalando la fachada del local vecino—. .Me han dicho que anoche mataron a alguien aquí…

—Sí, a un indeseable —asintió Dobkin—. El mundo no perdió gran cosa. Había sido proxeneta, ladrón, salteador, homosexual, y

ahora era drogadicto y un sinfín de feas cosas más. Pero le mataron. Y eso, después de todo, es un crimen. ¿Por qué te interesa esto, pequeña?

—Creí que podía interesarle lo que vi anoche. . —Dijo ella, de repente—. Corno era ya tan tarde cuando sucedió y me chocó tanto...

— ¿Eh? —Dobkin arrugó el ceño. Sus ojos parecieron más blancos de globo, cuando se inclinó hacia ella, y la sombra le dio en su oscuro rostro—. ¿Qué viste, preciosa?

— Bueno, apenas si sé quién o qué era. No podría jurar siquiera si era hombre o mujer, pero llevaba unas prendas raras, muy... muy sofisticadas.

— ¿Sofisticadas? ¿Incluso aquí, en Chinatown, te lo parecieron? ¿Qué eran?

— Parecía una larga capa o manto negro... > un gorro o boina sobre la cabeza. Tenía el pelo largo, dorado, ondulado...

— ¿Una mujer? —pestañeó el teniente de Homicidios, con rapidez.

—Quizá —la chica del *dancing* se encogió de hombros, con una sonrisa significativa—. Ya sabes cómo son ahora las cosas. Una no sabe quién es una mujer y quién un chico... salvo que le conozca más a fondo. Puede que fuese una mujer, sí. Lo parecía, si es eso lo que usted quiere saber. Además, en seguida me fijé en los reflejos dorados.

— ¿Los... qué?

—Reflejos dorados. Algo, un vestido o quizás una túnica, bajo la capa. Era de un vivo color oro, brillante quizás *lamé* dorado o cosa parecida. Cuando le daba la luz, es como si fuese envuelta en oro. La vi ahí, junto al restaurante. Luego, de repente, desapareció. Debió meterse en el portal de la casa.

— ¿Sobre qué hora sucedió eso, Lu?

—No sé. Serían, al menos, las doce y media o la una. No podía ser antes.

—Ya. ¿Y cuándo salió esa persona?

—No sé. No la vi salir —la sonrisa se amplió, aunque con cierto aire de tímida excusa—. Comprenda, teniente. Llegó un chico, le gusté v… entramos en el *dancing.* Cuando salimos, no íbamos a quedarnos aquí, ¿no cree?

— No. claro —Dobkin meneó la cabeza, perplejo—. Bueno, Lu, gracias por todo. Es lo que hay, y he de aceptarlo. Al menos, ya es algo, preciosa. Supongo que no verías nada más: por ejemplo, su rostro, cómo llegó hasta aquí…

— No nada Apareció de repente. Había tanta niebla… Surgió como de la oscuridad. No oí ruido alguno de motor, eso es cierto. No debió venir en coche.

—Perfecto —Dobkin anotó algo en una agenda—. El forense cree que ese tipo de arriba murió entre doce \ una. De modo que eso coincide con tu relato. Sin duda, esa persona vestida de oro… era la misma Muerte para Lew Marston. Te llamaré si te necesito más adelante. ¿Estás con frecuencia en el *dancing?*

—Toda la noche —dijo ella, insinuante, dejando resbalar las manos sobre sus caderas—. En la puerta… o dentro. Según layan las cosas, teniente. Sólo tiene que preguntar por Lu pata verme, si quiere interrogarme… o lo que sea.

Y tras decir aquel *lo que sea,* se alejó, contoneando sus nalgas ostensiblemente, camino de la salida del pasaje. Dobkin la miró, meneando la cabeza.

—Dulce pajarillo chino... —musitó en voz alta. Luego, clavó su mirada ceñuda en lo que escribiera en la agenda—. De modo que pudo ser una mujer... vestida de color oro. Extraña indumentaria para ir a cometer un crimen, tratando de pasar desapercibida... Hay algo raro en todo esto, pero... ¿qué diablos es?

Como no encontró una respuesta en su inspiración, guardó la agenda y se encaminó al coche oficial del Departamento, con gesto ostensiblemente contrariado.

Era la primera vez que se oía hablar de un verdugo vestido de oro.

Pero no sería la última. Para el teniente Dobkin, menos que para nadie. Esa misma noche, por segunda vez en veinticuatro horas, el asesino de los reflejos dorados volvería a actuar, matando a su segunda víctima...

* * *

— ¡*Kiai!*

Era un grito peculiar. Ronco, contenido, y a la vez potente desgarrado, exultante de vigor y energía contenida. Un estallido de vitalidad física y mental, proyectándose al exterior en forma de grito surgido del abdomen; casi inhumano en su extraña sonoridad, como surgiendo de todas partes y de ninguna a la vez.

Era la máxima expresión de la concentración psicomental del *budoka,* en el momento de la *kata* sobre el adversario. Algo que parecía simple, que sobrecogía al contrario, pero que era resultado de un largo y difícil entrenamiento. Algo que el *Maestro* inculcaba al alumno, paulatinamente, a medida que penetraba en los secretos de las *Artes Marciales.*

*Kiai,* era algo más que un grito. Mucho más. Era la exteriorización de la energía vital. Era lo que se podía traducir, casi literalmente, por *unión cíe los espíritus.*

Tras el grito, llegó el ataque, pleno de poder y de contundencia.

Un luchador cayó sobre otro. Eran formas envueltas en el blanco ropaje de los *karatekas,* en el recoleto silencio del *dojo* vacío. Una, se defendía. Otra, atacaba.

Sobre el *tatami,* pies desnudos se deslizaban, silenciosos, rápidos, precisos, marcando las posiciones estrictas de cada *kata.* Estaban practicando, en aquellos momentos, ambos rivales, una táctica ofensiva contra otra forzosamente defensiva.

El que atacaba, elástico y ágil como un felino, hendió el aire, disparando su pierna hacia adelante, en un golpe vertiginoso de *Yoko-Geri-Jodan,* contra el que esperaba con una guardia tradicional de *Gé-Dan-No-Kamaé,* entre el ombligo y los pies. Era la típica guardia baja, utilizada muy especialmente contra los ataques basados en los golpes del pie.

Por ello, dada la facilidad de maniobra del defensor, el pie del agresor fue a parar a las manos del que se defendía. Este aferró el tobillo, giró la pierna del rival, que soltó en el aire, cayendo de espaldas en el *tatami.*

Raudo, el que se defendía pasó a un ataque en *Tobi-Kéri;* es decir, saltando en el aire hacia adelante, con proyección de los dos pies contra el pecho del enemigo, al que alcanzó, reduciéndole al tiempo que era él quien emitía ahora el potente, vigoroso y estremecedor grito:

— *¡Kiai!*

El enemigo estaba vencido. Le inmovilizó su atacante, y se irguió luego, sonriente, dando una palmada con ambas manos, al retirarse.

—Lo siento, Rick. —dijo, sin parecer afectado en su ritmo respiratorio por la larga duración del combate, que había entrado ya en su octavo o noveno minuto, en el momento de decidirse con la victoria de uno de ellos.

— No te preocupes, Frank —respondió el otro, con una sonrisa

amplia, incorporándose, también, sin señal de fatiga—. Tenía que ser así. Eres demasiado bueno para mí.

Se saludaron ceremoniosamente, como exigían las normas caballerosas del *budoka.* Luego, se estrecharon la mano cordialmente, y caminaron hacia las duchas, uno con su brazo sobre el hombro del otro, en amigable camaradería.

—Y ahora que las *Aries Marciales* terminaron y dejan lugar a la simple amistad entre dos personas, ¿qué te parece si proyectamos qué hacer esta noche? —preguntó Cole, antes de entrar en las respectivas cabinas de ducha.

—Excelente —asintió Rick, complacido—. Ya que he venido de visita a San Francisco por tan pocos días, vale la pena conocer la ciudad. Dicen que la noche es el mejor modo de llegar a ello, pero supongo que un budok*a* como tú, estará reñido con un buen trago, una cena copiosa, chicas y todo eso...

— En realidad, no bebo nunca nada alcohólico —admitió Cole—. No es conveniente, tú lo sabes. Ni para el cuerpo, ni para la mente. Tampoco me gusta comer demasiado, y los alimentos naturales son los más saludables para tener un cuerpo sano. En cuanto a las chicas., no somos puritanos, Rick. El que practica *Artes Marciales* no tiene por qué hacer voto de castidad, aunque tampoco, como es lógico, piense en orgías o en excesos que puedan minar su salud. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Más o menos—lió Rick Starrett, desde debajo del chorro de

agua Iría—, Eso significa que cenarás verduras y frutas, acaso algo de pescado, y beberás zumo de I rutas, o leche, con todo ello. Y que si nos vamos luego de juerga, lo harás moderadamente, sin olvidar nunca que eres Frank Cole, el mejor *budoka* del país.

—Exageras algo —sonrió Cole, también situado debajo del torrente de agua relajante—. Pero puede decirse que te aproximas bastante a la realidad. Un desastre de noche, ¿no es cierto?

—Podría ser peor, no te preocupes.

—Tengo una solución mejor para ti, Rick.

— ¿De veras? ¿Cuál?

—Te puedo presentar al dueño del mejor restaurante de la ciudad, al del club nocturno más alegre, y también a un par de chicas que te harán feliz, sin duda alguna.

— ¿De veras? —Se asombró Starrett, asomando la cabeza por encima de la puerta oscilante de su ducha—. ¿Tú sabes todo eso?

— En electo. No necesito embriagarme para conocer a quien vende buen licor, ni ser un tragón para visitar de vez en cuando el sitio donde mejor se come. Por otro lado, conozco a chicas de San Francisco que me deben favores, y a quienes nunca pedí nada. Su profesión es proporcionar alegría a sus clientes varones, y lo harán encantadas con un buen amigo mío. Eso es todo.

— ¡Oh, Frank! Me haces sentir como un niño que necesita a su nodriza... —se quejó Rick.

— ¿Y yo soy tu nodriza? —se echó a reír Cole, de buena gana.

—Algo así. Siempre eres el mejor en todo. Incluso conociendo

chicas guapas. Porque supongo que serán guapas. .

—Más que eso. Guapas, y con un tipo ideal para tus gustos. Cuarenta y tantas pulgadas de busto, cuarenta de caderas y…

—¡Basta, basta! —se quejó Rick de nuevo, implorante—. ¿Qué quieres? ¿Que el agua fría de la ducha empiece a hervir?

—Lo siento. Si eso es ahora, ¿qué te ocurrirá con las chicas, esta noche?

— ¡*Brrrr,* no me lo menciones! —Se frotó con energía Rick Starrett, saliendo luego de la ducha y envolviéndose en una esponjosa y amplia toalla—. Eres una mezcla de Papá Noel y Harum-Al-Raschid, amigo mío.

—Exageras, como siempre —Cole también se envolvió en una toalla, saliendo de la ducha—. Vamos. Hoy a mediodía, haremos una comida frugal, para que esta noche puedas resarcirte a fondo. Conozco el mejor restaurante chino, donde nos servirán sopa de aletas de tiburón, langostinos con arroz y castañas chinas. Con un té realmente aromático y exquisito.

—Me comería un par de langostas y una pierna de cordero —se quejó Rick—. Pero todo sea por rendir honor a los manjares de tus amigos chinos… ¡Vamos allá, Frank!

Poco después, el automóvil de Cole conducía a éste y a su amigo hacia el corazón mismo de Chinatown, en busca del restaurante donde debían almorzar.

La primera noticia sobre el crimen de la noche anterior la tuvo Frank cuando acababan de sentarse en el pequeño y recoleto

restaurante chino de su viejo y venerable conocido Mah-Lo-Hueng, y descubrió la edición en chino del *San Francisco News,* sobre una mesa, inmediata.

Frank dominaba perfectamente las lenguas china y japonesa. Los caracteres orientales no le eran nada extraños, y pudo leer, con facilidad, los verticales titulares del diario:

«Crimen en Chinatown. Un indeseable asesinado con un objeto llamado *tessen.* Testigos dicen haber visto una mujer vestida de oro. ¿Era ella el criminal?»

Mientras Rick hablaba por los codos, como en él era proverbial, y la sonriente y menuda chinita de cara de porcelana le pedía lo más apetitoso y alimenticio del menú, Frank Cole leyó, por encima, la noticia periodística de última hora. No era un reportaje demasiado amplio dada la premura de tiempo, pero Cole se hizo una rápida idea del suceso. Cuando se volvió hacia la camarera china, Rick había terminado ya de pedir. El eligió la sopa de tiburón y los langostinos, con arroz, en salsa de soya. Para beber, simplemente té. Rick no había resistido la tentación de pedir una jarrita de licor de atroz. Cole meneó la cabeza, con aire de reproche.

—Mal hecho —avisó—. Nunca serás un buen *budoka,* Rick, no tienes fuerza de voluntad.

—Lo siento —rió, golpeándose el estómago—, Soy un esclavo de mis apetitos. Quizás por eso no seguí mi *Do.* Y aún no he logrado encontrarlo, lo confieso. Pero eso sí, gano dinero con mis negocios, vivo lo mejor posible, y confío en morir feliz por lo que he vivido.

—Dicen los chinos que hablar de la muerte, en la mesa, trae mala suerte.

—No lo haré más, palabra —alzó su cabeza con aire solemne, Starrett—. Hablemos sólo de la vida, Frank. Y de todo lo bueno que hay en ella…

Un leve carraspeo, a espaldas de Cole, le hizo volverse, descubriendo tras de sí la larga, apergaminada figura de Mah-Lo-

Hueng, con su cara amarilla y rugosa, su lacia barbita blanca, apenas unas hilachas colgando de su barbilla, y los ojillos estrechos, oblicuos, que miraban afable y astutamente. Vestía una larga túnica china, de seda negra, con caracteres orientales bordados en plata. Se inclinó, ceremonioso, ante él. Frank le saludó con igual cortesía.

—Mi viejo y gran amigo Mah-Lo-Hueng —habló, cordial, mirándole entrañable—. ¿Qué hay de tu vida, venerable camarada?

—Muchos recuerdos amables de tiempos mejores. Y mucha preocupación y dolor por los tiempos presentes, honorable Cole.

— ¿Qué te preocupa o te duele, exactamente?

—La gente y las cosas no son ya como eran antes. Hay maldad y locura en el corazón y en la mente de los hombres. El mundo camina por senderos oscuros y equívocos.

Frank enarcó las cejas. El lenguaje ambiguo y enigmático de su viejo amigo de Chinatown no siempre resultaba incongruente. EÍ conocía la mentalidad oriental, y él sabía lo que quería decir Mah-Lo-Hueng con sus palabras abstractas.

—Siempre hubo maldad y locura en el hombre —suspiró—. Lo que ocurre es que, hoy en día, uno nota más esas cosas.

—Hay más casos, eso es lo que sucede —meneó tristemente la cabeza rapada, que cubría con un circular gorro chino, de seda, negra y roja—. La ambición ciega a las personas. Se intenta conseguir siempre algo más, sea por bueno o por mal camino. Recuerdo otros tiempos en Chinatown, en los que la violencia no reinaba como ahora.

—En otros tiempos, este barrio era un laberinto de fumaderos de opio, de nidos de pillos, de garitos y toda clase de lugares poco recomendables. ¿A eso le llamabas tú *mejoras épocas,* honorable Mah-Lo-Hueng?

—Existían esos recovecos que sólo las gentes de la noche conocían —asintió el anciano, amablemente—. Pero la violencia no estaba en las calles. Los chinos somos gente apacible y serena. Odiamos la violencia. Ahora, todo es diferente. Se roba, se mata, se

aterra a la gente, en plena calle. Ya no hay opio en un fumadero secreto, sino inyecciones de heroína en plena acera, o *viajes* con LSD en cualquier lugar público. A eso me refería.

—Sí, creo entenderte —asintió Cole, pensativo—. Tampoco antes se asesinaba en el Barrio Chino tan fácilmente como las viejas películas de Fu Manchú hubieran podido hacer suponer. Ahora, he visto ese periódico. Sé que mataron a alguien en esta misma vecindad, a sólo cuatro manzanas de tu honrado restaurante. ¿Es eso lo que te preocupa?

—Más bien me asusta —musitó el anciano, gravemente.

— ¿Asustarte? ¿A ti? Nunca creí que nada en el mundo pudiera asustar al venerable Mah-Lo-Hueng. ¿Qué temes? ¿Que la policía te mezcle en sus investigaciones, tal vez? No tienes nada que temer por ese lado. Eres honesto, siempre lo fuiste. Y ellos lo saben.

—No me refería a la policía —negó, lentamente, el dueño del local—. Me refería a esa sombra que mata... A la mujer rubia del vestido de oro...

— ¿Una mujer, por asesina que sea, puede asustar a mi venerable amigo Mah-Lo-Hueng? —dudó Cole, perplejo—. ¿Eso es cierto?

—Sólo en parte. Esa mujer me preocupa. Porque preocupa, también, a otras personas muy poderosas de Chinatown.

— ¿A quiénes, exactamente?

El viejo chino se inclinó. Rick Starrett no pudo oírle, tan bajo fue el tono confidencial con que se dirigió a Cole, para informarle:

— Los hombres de Douglas Carlyle, el *Mandarín Blanco.* Y los de Loo Wang, *el Mandarín Amarillo...*

Cole arrugó el ceño. ¿Quién no había oído hablar, en San Francisco, y sobre todo en su Barrio Chino, de hombres como Douglas Carlyle, el primer cerebro de la organización de drogas en California, jamás cogido *infraganti* por la policía, a quien se apodaba allí el *Mandarín Blanco*? Quizás porque su sociedad secreta con el cacique

número uno de lodos los. chinos de San Francisco, Loo Wang *El Mandarín,* también conocido como *El Mandarín Amarillo,* era conocida de todo el mundo, y al ser ambos unos auténticos mandarines del mundo de las drogas, debían distinguirles a uno de otro con aquel calificativo, según el color de su piel respectiva.

—Vaya, eso es interesante... —comentó Cole, frunciendo el ceño. Recordó que una vez estuvo detrás de los grandes magnates cié los estupefacientes en la costa del Pacífico, por la muerte de una muchacha drogadicta, y no logró absolutamente nada contra aquellos dos zares del inframundo de la droga—. ¿Por qué sabes que ellos están interesados, o preocupados, con la existencia de esa asesina vestida de oro?

—Porque estuvieron aquí, hoy —dijo Mah-Lo-Hueng, en el mismo tono.

— ¿Ellos? —pestañeó Cole.

—Sus hombres. Los de su mayor confianza. Me interrogaron por si había visto algo anoche Están interrogando a todo el mundo en el barrio. La gente tiene miedo. No les gusta ver a esos hombres en sus casas, en sus negocios. La *Cadena Zeleste* no tiene buena fama en Chinatown, tú tienes que saberlo, amigo mío.

—*Zeleste*... —Cole afirmó—. Sí, son los negocios de esa pareja... Aunque Loo Wang figura él sólo como propietario de la misma. De modo que están interesados. ¿Será porque la víctima del crimen ha sido ese tal Lew Marston, un drogadicto?

—Quizás. Uno nunca sabe lo que pasa por la mente de esos hombres —el rostro apergaminado reveló tan tas emociones como si fuese una máscara—. Ahora, no debo molestar a mi honorable amigo Cole y a su respetable compañero. Que disfruten ambos de las delicias de mi cocina.

Se inclinó, ceremonioso, alejándose hacia la cocina. Rick miró perplejo a su amigo.

— ¡Qué individuo más curioso! —comentó—. Es un chino digno

de cualquier relato exótico. No creí que quedaran ya tipos como él, Frank…

—En Chinatown quedan aún muchas cosas admirables, que fuera de aquí no se concibe que existan —suspiró Cole, risueño—. Mah-Lo-Hueng es una de ellas. Y quizás también lo sea esa misteriosa dama que mata con un instrumento oriental muy sofisticado y extraño. Y que logra llevar el miedo a este barrio, y la preocupación a los peores individuos que aquí muran

—Vaya, Frank. Tú también pareces preocupado, ahora, por ese asunto —rió Starrett.

—Sí —admitió Cole—. Tal vez lo estoy… y no sé por qué. ¡Ah, amigo…! Aquí viene la exquisita sopa de aletas de tiburón. Paladéala. No la tomarás mejor, ni siquiera en Hong Kong o en Pekín…

## CAPITULO III
## VUELVEN LOS REFLEJOS DE ORO

Abner Carruthers estaba asustado. Muy asustado.

Ya lo estuvo aquella mañana, apenas se enteró de la muerte de su amigo Lew Marston en el chamizo donde se alojaba. Yue Lew podía terminar mal cualquier día, no era ninguna novedad ni para Abner Carruthers ni para mucha gente que le conociera lo suficiente. Pero terminar de aquella manera, súbita e imprevisible había logrado amedrentar a más de uno.

Entre esos más, estaba, desde luego, el propio Carruthers.

Hacía aún muy poco tiempo que había telefoneado apremiante a uno de los enlaces de Carlyle, para suprimir su inmediata visita a uno de los centros proveedores de heroína donde debía recoger la *mercancía* semanal. Su preocupación por aquella muerte violenta e inexplicable, era demasiado grande para arriesgarse.

La voz del esbirro de Douglas Carlyle *El Mandarín Blanco,* o *El Zar del Vicio,* como le llamaban los chinos de los bajos fondos, que se negaban a admitir que un hombre de raza blanca fuese apodado de *mandarín,* había sido especialmente dura en su respuesta:

—Por esta vez, pase, Abner. Pero al patrón no va a gustarle nada que te asustes y no quieras distribuir. No olvides que debes pasar, mañana, por las oficinas para hablar con el patrón sobre ello. Y la semana que viene no queremos excusas. O vienes, o quedas fuera del

negocio. Y ya sabes lo qué significa aquí quedar *fuera,* a *rudos* los efectos.

Pese a su temor, Carruthers so había estremecido al oír las palabras del otro. Sí, claro que lo sabía. Y lo sabía muy bien. Significaba el fin. No sólo como distribuidor de la *mercancía,* sino como todo. Como persona, incluso, si temían que pudiera irse de la lengua. No encontraría ningún otro trabajo en Chinatown. So lo vigilaría estrechamente. La menor sospecha sobre su actividad, significaría su ejecución inmediata. A Carlyle o al *Mandarín Amarillo,* el siniestro Loo Wong, le sobraban esbirros perfectamente adiestrados para matar. Nunca fallaban el golpe.

Claro que uno de esos esbirros había sido, precisamente, Lew Marston. Y alguien le había cortado limpiamente el cuello con un maldito chisme de acero, parecido a un abanico y que, según rumores por las callejas de Chinatown, confirmados luego por los periodistas, era un artilugio de *Aires Marciales Orientales.*

Abner Carruthers tenía miedo por todos lados. Temía a Loo Wang y a Carlyle. Temía, también, a quien fue capaz de sorprender a Marston y asesinarlo fríamente. Sobre todo, a esa persona.

No importaba que dijeran que era una mujer. Tal vez lo fuese, o tal vez no. El sabía de muchos hombres que podían disfrazarse de mujer, sin necesidad de ser *travestís.* De noche, con niebla, y en las callejuelas de Chinatown, era posible engañar a cualquiera.

Por todo ello, Abner no saldría esta noche de su casa. No le haría por nada del mundo, ni tan siquiera para embolsarse los doscientos dólares por la distribución de la *mercancía* entre los minoristas de Chinatown. La idea de que aquella figura cruel y sanguinaria del traje dorado pudiera moverse por entre sus sombras y brumas, era demasiado amenazadora para él.

Por un momento, aquella información sobre una figura de mujer con vestido de oro le había provocado un violento escalofrío. Viejos y casi olvidados recuerdos volvieron, por un instante, a su mente, y su

pánico fue irrefrenable. Luego, lo pensó mejor y se dijo que esos terrores eran absurdos, que el presente no podía tener nada que ver con aquella parcela de su tumultuosa vida. Eso le tranquilizó algo, no mucho. Pero se dijo que si había muerto Marston, era mejor no dejarse ver demasiado por las calles durante unos días, a la espera de acontecimientos. Si el trágico fin del drogadicto había sido un hecho aislado, sus vagos presagios se difuminarían, y le volvería la tranquilidad.

Pero por si acaso, era mejor esperar, estar seguro por completo. Aun así, tuvo la idea de telefonear a Rod Travis, pese a que hacía años que no hablaba con él. El teléfono sonó repetidas veces, pero nadie cogió el aparato. Evidentemente, Rod no estaba en casa. Optó por no insistir y olvidar el asunto. Estaba dándole demasiada importancia, sin duda, a algo que no la tenía. Travis, sin duda, se hubiera reído de él y de sus preocupaciones.

Abner tomó un trago largo de whisky, sin hielo. Se sintió bastante mejor. Miró con expresión pensativa los pies sobres de plástico con polvo blanco que le faltaban por entregar a sus minoristas. Ni siquiera iría a repartir eso, al menos durante veinticuatro horas.

Se echó otro vaso de licor. Esta era su única droga. Whisky y mujeres eran sus grandes debilidades. Whisky *bourbon,* muy seco, y sin hielo ni soda. Mujeres bien llenitas, de grandes pechos y buen trasero. Esos eran sus gustos. La heroína, el ácido y los demás, para los chillados que se metían en tales aficiones asquerosas. Había visto hombres como castillos convertirse en piltrafas nauseabundas, acribillados a pinchazos o saturados de LSD, cuando no enloquecidos por el exceso de opio o marihuana. Le daba asco esa gentuza, pero formaba parte de su negocio, y bien venida fuera al mercado habitual. Con imbéciles así, los grandes del vicio se llenaban los bolsillos, y él cobraba su parte.

Puso la televisión, pero no le gustó el programa, pese a que sólo

hacía dos meses que tenía su pequeño portátil de TV en color, y lo cerró, sin buscar más. En vez de ello, conectó la radio, quizás porque la música relajaba más sus nervios y no le producía tensiones. Miró su reloj y torció el gesto. Era demasiado pronto. Sólo las seis de la tarde, aunque la luz del exterior diese la impresión de pertenecer ya a plena noche. Las luces del alumbrado callejero se habían encendido pronto, a causa de la espesa niebla, a la que se había unido, recientemente, una llovizna menuda y persistente.

Iba a hacerse muy larga aquella noche, pero, aun así, no pensaba salir a la calle absolutamente para nada. Encendió la cocina de gas y puso a calentar una lata de judías, mientras preparaba tocino para freír en la sartén. Esa sería toda su cena, junto con una lata de cerveza del frigorífico.

Cenó la ventana, por cuya rendija entraba el húmedo aire de la tarde lluviosa y gris. Se estremeció, no supo si de trío o de inquietud. Contempló el teléfono, diciéndose que debía telefonear a Carlyle para disculparse por su renuncia a trabajar aquella semana. Pero lo pensó mejor, y se dedicó a consumir su frugal comida, sentado en un ángulo de la mesa, mientras la radio emitía música *retro,* a base de Glenn Miller, Elvis Presley y Judy Garland. Esa música logró entristecerle, no supo si por nostalgia o aburrimiento, y cambió de emisora. Los ritmos de Pink Floyd le resultaron más gratos.

Bostezó, intentando releer alguna noticia del periódico. Pero al encontrarse con las noticias sobre la muerte de Marston, en grandes titulares, optó por olvidarse de eso y buscar una vieja y arrugada revista ilustrada, con abundancia de mujeres desnudas y exuberantes de formas. Resopló, pasando las hojas. De buen grado saldría para buscar a una chica e invitarla a pasar la noche con él. Disponía de dinero para ello, y eso endulzaría notablemente aquel encierro voluntario en tan deprimente noche.

Pero la idea de de que pudiera verle algún agente de Carlyle, o que una criminal de traje dorado apareciera, de repente, en la calle,

cortándole el cuello, le alejó semejantes tentaciones de la cabeza.

Tiró la revista, también, para no excitarse más, y bostezó otra vez, encaminándose a la cama para acostarse de una vez, e intentar dormir lo más posible.

Entonces golpearon suavemente la puerta. Con un respingo ele sobresalto, Abner se volvió, clavando sus ojos en la hoja de madera. Esperó, conteniendo el aliento. La llamada se repitió.

Abner Carruthers se movió lentamente hacia su chaqueta, colgada del respaldo de una silla. Preguntó, al tiempo que hundía la mano en un bolsillo interior, extrayendo un revólver de calibre 32, de chato cañón y metal negro, pavonado:

— ¿Quién es?

—Soy la señora Dekker, del apartamento 37 B —dijo, una voz educada y cortés—. Su vecina, señor Carruthers. Por error, han dejado en mi casa un paquete postal dirigido a usted. Es urgente, y he creído que era mejor traérselo cuanto antes.

— ¿Un paquete? ¿Para mí? —Receló Abner, aproximándose a la puerta sin soltar su arma—. ¿Seguro, que es usted la señora Dekker?

— ¡Por Dios, claro que sí! —se oyó una suave risa tras la puerta—. Soy la señora Cynthia Dekker. Pero si no quiere, o no puede, abrir, ahora, no se preocupe, señor Carruthers. Le dejaré el paquete aquí, o bien lo bajaré a la portería, al conserje. El señor Webb podrá entregárselo luego, o mañana. Y disculpe si le molesté...

— ¡Oh, no es nada, señora! —se calmó Abner, guardando su revólver en el bolsillo del pantalón y yendo rápido a abrir—. Lamento

haberla importunado con mis recelos, Voy a abrir. No tiene que molestar al señor Webb. Como tengo tan poco trato con todos ustedes, mis vecinos, al principio no podía saber si era usted, o alguien que venía a visitarme, usando un truco. Espero a una chica con quien no deseo verme y…

—Entiendo, si —suspiró la voz—. De todos modos, puedo bajar y…

— Ni lo piense, señora —deslizó el pestillo y abrió—. Yo me haré cargo del paquete. Y muchas gracias por…

Se quedó inmóvil, mudo. Como petrificado, repentinamente. Clavó sus ojos en el rostro que le contemplaba desde el pasillo. Una imprecación de asombro y horror escapó de sus labios, repentinamente trémulos:

— ¡Oh, no, no! —jadeó—. ¿Qué significa:..?

Y buscó desesperadamente el revólver en su bolsillo.

Desde el corredor, la figura femenina, envuelta en una graciosa capa negra, dejando ver el centelleante tejido de *lamé* dorado que se ceñía a su esbelta y alta figura, se limitó a seguir erguida, mientras unos ojos ardientes, y gélidos a la vez, contemplaban extraña, fatalmente, a Abner Carruthers.

Nunca llegó a extraer su revólver del pantalón. Ella parecía dispuesta a afrontar cualquier posibilidad adversa. Venía preparada para actuar. Y actuó.

Una mano enguantada de la mujer se alzó, rápida. Fue hacia el

rostro de Abner, con la celeridad increíble de una centella. Hubiera sido imposible frenar aquel ataque, porque incluso a la vista le era difícil seguir la rapidez del movimiento, preciso y seguro.

No fue la mano de la visitante la que toco el rostro de Abner, sino algo que la envolvía, otra especie de guante de fuerte cuero y metal, provisto de una serie de púas o aristas de acero afiladísimo, que desgarraron brutalmente el rostro del hombre.

El alarido que brotó de labios de Abner fue estremecedor, agudo y rabioso, sobre todo cuando aquellas terroríficas puntas de acero se incrustaron en sus párpados y ojos, reventándoselos en el acto.

Ciego, sacudido por un dolor intolerable, la faz bailada en sangre, colgándole a trozos las mejillas y pómulos, retrocedió unos pasos, emitiendo aullidos de fiera herida, golpeando los muebles torpemente.

La visitante avanzó, implacable, y ahora le aplicó un feroz golpe de su mano erizada de púas incisivas contra la garganta, especialmente sobre la nuez, que desgarró en mortal herida.

Abner cayó de rodillas en el centro de su apartamento, exhalando ahora estertores horripilantes, en la agonía, bañado en escarlata violento. Luego, se desplomó de bruces, mientras un rápido taconeo, marcaba el distanciamiento de la visita mortífera.

Tras el feroz ataque criminal, se marchaba la figura furtiva, ágil, dejando en el corredor regularmente alumbrado, los destellos de oro de un vestido que luego cubrió totalmente la negra capa, cuando la visitante se tundió con la niebla y la oscuridad de la noche, en los entresijos urbanos de Chinatown.

* * *

El teniente Dobkin pegó un salto en su asiento, cuan do escuchó la noticia por teléfono. Su oscuro rostro reveló estupor y disgusto, mientras mordisqueaba su cigarro nerviosamente.

— ¿Qué mil diablos...? —Comenzó, abrupto—, ¿Está claro de lo

que dice?

—Totalmente, señor—respondió la voz del patrullero que informaba—. Un vecino telefoneó histéricamente a la policía. Acudimos rápidamente, puesto que nuestro coche cubría el servicio de esa zona, y aún estaba el cadáver caliente, y la sangre brotando de sus terribles heridas. Los vecinos tenían poco trato con él, pero el conserje le ha identificado como Abner Carruthers, sin ocupación conocida, aunque él decía ser comisionista o algo así.

— ¿Cómo dice que le mataron? —indago Dobkin, que había creído oír mal la primera vez que el patrullero le mencionara ciertos detalles del macabro hallazgo.

—Bueno, desgarrado horriblemente en rostro y garganta, como si una fiera gigantesca le hubiese matado a zarpazos. Pero mi compañero conoce bien Chinatown y las cosas orientales. Incluso ha practicado *Artes Marciales.* Insiste en que parecen heridas producidas por un *Shuko.*

— ¿Un... qué? —farfulló Dobkin, airadamente.

—*Shuko* puede traducirse por *garra de tigre* —explicó pacientemente el patrullero—. Es un medio de lucha oriental, que usaban antiguamente ciertos guerreros japoneses, unos tipos llamados *ninjas* o algo así. Según mi compañero, consiste en un guantelete erizado de fuertes púas de acero, que se aplica a la mano, para atacar.

—Comprobaremos eso —rezongó el teniente de Homicidios, con disgusto—. ¿Más detalles, agente?

—Unos pocos, señor: el muerto yacía en el umbral de su puerta. Una visita debió sorprenderle. El conserje no recuerda haber visto a nadie. Pero unos chicos, en la calle, aseguran haber visto salir de la casa a una mujer occidental, rubia y con un abrigo o capa negra. Debajo, vieron brillar su traje de oro.

— Traje de oro... —se estremeció Dobkin—. Me lo temía...

—Sobre un mueble del apartamento de la víctima, encontramos tres bolsas de plástico conteniendo algo que parecía azúcar. Pero no lo

era. Se trata de heroína, teniente. Tres pequeñas dosis, de las que acostumbran a vender individualmente los traficantes...

—Está bien, voy para allá en seguida. No toquen nada. Busquen huellas, si las hay.

—Ya hemos llamado a los expertos y a la ambulancia. Pero no haremos nada hasta que usted llegue, teniente.

—De acuerdo —asintió Dobkin. Colgó, ceñudo. Tuvo una breve duda. Luego, recordó algo, se frotó el mentón y marcó un número que conocía de memoria.

Al otro lado del hilo, zumbó el llamador dos o tres veces, antes de que una voz femenina, jovial, preguntara dulcemente:

— ¿Sí, quién llama?

— ¿Eres tú, Lena? —preguntó Dobkin.

—Claro. Usted debe ser el teniente...

—Acierto pleno. Soy Dobkin, sí. ¿Está Cole por ahí, ahora?

—No. Tiene un amigo en San Francisco, y creo que le ha llevado a algunos sitios. No dijo cuándo volvería. ¿Es algo importante?

—No lo sé. Quería pedirle información sobre algo.

—Si puedo ayudarle yo... O tal vez Kwan. Creo que anda por ahí...

—Tú misma, Lena, puedes ayudarme. ¿Conoces algo llamado *Shitko?*

—*L<i garra del tigre...* —sonó, curiosa, la voz de la joven mulata, experta en *aikido* y *tae-kwon-do,* miembro del trío conocido como los *Tres Dragones de Oro,* los *budokas* al servicio del bien y de la justicia—. Claro que lo conozco. Es un arma japonesa del pasado. La Utilizaban los *ninjas,* unos feroces guerreros llenos de artilugios y armas ocultas, para vencer a enemigos superiores en fuerzas y en número...

—Sé lo que es un *ninja* —asintió Dobkin—. Recuerdo que Cole me habló de ellos, con motivo de un problema que resolvisteis en Centroamérica hace poco, frente a un misterioso *ninja,* ladrón de

hoteles y patriota rebelde [1]… Pero es el arma lo que me preocupa, y mucho. Antes ha sido un *tessen,* ahora un *shuko…* Ambas, armas utilizadas en ciertas *Artes Marciales* de otros tiempos… ¿Por qué diablos ocurrirá eso? Y, en las dos ocasiones, el asesino era una mujer vestida de oro…

— ¿Se refiere a lo que viene hoy en los periódicos? Sólo leí de un *tessen…*

—Ha vuelto a ocurrir, Lena. Esta vez, con un *shuko,* según un patrullero nuestro. Voy a ver, ahora, lo ocurrido. Si quieres venir, estaré en esta dirección…

Se la dio, y Lena asintió con cierto entusiasmo:

—Iré, teniente. No tengo nada que hacer, ahora, y cuando Frank no está cerca de mí, me aburro y me siento triste. No se lo diga nunca a él, pero creo que no puedo vivir sin él. Como ve, no siempre los *budokas* sabemos dominar *lodos* nuestros sentimientos. Hay algunos que son más fuertes que nuestra preparación psíquica.

—Y si no tuera así, Lena, seríais máquinas, en vez de seres humanos —suspiró Dobkin—. Te espero. Posiblemente me seas de alguna ayuda. Si Kwan quiere venir, díselo.

—Lo haré, teniente. Hasta luego.

Dobkin colgó, exhaló un fuerte golpe de aire de sus pulmones y, sintiéndose algo mejor, se encaminó al lugar de Chinatown donde un tipo llamado Abner Carruthers había sido asesinado igual que Lew Marston. Ambos con armas orientales de extraño nombre y origen, y ambos relacionados, de un modo u otro, con las drogas.

Antes de salir del Departamento de Homicidios, encargó al fichero el mayor número de informes posibles sobre el hombre asesinado.

Frank Cole abandono a su amigo Rick después de cenar. Este había logrado entablar relación con una bella muchacha de raza oriental, en el último local donde tomaron algo, y Cole consideró que era el momento oportuno para dejar que su amigo viviera su exótica

aventura en San Francisco.

*(1) Léase, en esta misma colección, el título La noche de La Cobra, donde se desarrolla la aventura citada más arriba.*

A Rick le gustaban las chicas orientales, y la escogida por él en el club nocturno, era realmente hermosa. Mo se trataba de ninguna chica pública, pero se había mostrado particularmente interesada en Rick. El, después de todo, era un chico arrogante y bien parecido y resultaba natural su atracción sobre las mujeres.

— ¿Vas a dejarme solo? —se lamentó Rick, al verle partir.

— Hay ocasiones en que tres son demasiados —no Frank de buen humor, guiñándole un ojo—. Buenas noches, parejita. Y por favor, Rick, no dejes de ir mañana al dojo. Nos veremos allí.

—Allí estaré, como un clavo —aseguró Rick Starrett, jovialmente, mirando luego embelesado a la esbelta joven de ojos almendrados, rostro de porcelana y suaves curvas envueltas en la seda de su kimono tradicional. Cole le oyó murmurar en voz baja, con tono acaramelado—: Me siento, esta noche, más feliz de lo que nunca fui, Jade querida. Jamás soñé que mi visita a San Francisco pudiera encerrar tan hermosa sorpresa.

Ella habló dulcemente algo que Cole ya no pudo ni quiso oír. No era discreto husmear en el diálogo de dos jóvenes que se sentían mutuamente atraídos. Después de todo, aquella chica parecía realmente impresionada por su amigo. No sería una aventura fácil, estaba seguro de ello. Pero quizá intimarían lo suficiente como para nacer un romance; un idilio muy distinto a la aventura galante que Rick esperaba vivir en su noche de San Francisco. Quizá fuese mejor así. Frank nunca fue partidario del amor a precio fijo y con los minutos contados.

Cuando se ausentó del club nocturno con aire sofisticadamente oriental, situado en los mismos límites de

Chinatown, pero en su mejor y más selecta zona, no podía prever el futuro.

Frank Cole no podía imaginar, siquiera, que aquélla había sido la última vez en que pudo ver con vida a su buen amigo Starrett.

Cuando volviera a oír hablar de él, Rick estaría ya muerto.

Asesinado por una mujer rubia, con vestido laminado de oro…

## CAPITULO IV
## SANGRE ROJA, JADE VERDE

—Evidentemente, teniente Dobkin. Fue un *shuko*.

La afirmación partía de labios de Kwan Shang, el otro joven miembro de los *Dragones de Oro*. Su rostro ligeramente aceitunado, de nariz breve y agudos ojos almendrados, bajo el cabello negro, sedoso y liso, revelaba astucia mientras examinaba atentamente el escenario del horrible crimen.

—Me lo temía —resopló el oficial de policía de color. Cambió una ceñuda mirada con su hermana de raza, de piel mucho más clara, Lena Tiger—. ¿Sabéis de alguna mujer en San Francisco, que sepa utilizar cosas como el *shuko* o el *tessen* con tanta diabólica habilidad?

—Sí, sé de una —suspiró Lena Tiger—, *Yo*. Pero no soy rubia, ni me sentaría bien una peluca de ese color. Tampoco me gustan los trajes dorados.

—Hunt... Quizá a ella tampoco. Intuyo que eso tiene algún sentido, aunque ignoro cuál puede ser, Lena. Después de todo, una mujer que quiera pasar desapercibida cuando va a cometer un crimen, no se viste con un traje dorado, ni mucho menos.

—Eso parece claro —asintió Kwan Shang—. Por lo tanto, es que *quiere* ser vista.

—Sí, pero sería un juego muy peligroso para ella —apuntó Lena

—. Ahora, todo el mundo sabe ya, en Chinatown, que una mujer de traje color de oro, anda por ahí matando gente.

—No parece importarle mucho el riesgo —señaló Dobkin, trotándose su mentón repetidamente—. Por lo tanto, desafía al peligro, con tal de que quede constancia de que una misma persona cometió ambos crímenes. Tiene que haber una razón para todo eso, ¡maldita sea!

Los expertos en huellas habían terminado ya su tarea. Uno de ellos entregó al teniente las bolsas de polvillo blanco, confirmando que eran de heroína pura. Las metió en un sobre de plástico, tras ser informado de que sólo eran visibles, en las bolsitas, las huellas del propio Carruthers. También hallaron, en un cajón, una agenda oculta entre ropas, con una lista de nombres y unas cruces o aspas rojas al lado. Dobkin la guardó con ojos brillantes.

—Si Carruthers era un repartidor de drogas, como imagino, ésta puede ser la lista de clientes y proveedores al por menor. La estudiaremos en el Departamento. Cuando menos, en ella figura un nombre que ya me es conocido: Lew Marston. La primera víctima de la dama de oro, recibía droga de él, eso parece obvio.

— ¿Es el único nexo que existe entre los dos? —preguntó Kwan, pensativo.

—De momento, sí. Marston vivía miserablemente y era un drogadicto. Carruthers ocupaba este apartamento decente, y no tiene huellas ni de un solo pinchazo en todo su cuerpo. Por tanto, sólo distribuía droga, no la consumía. En una caja metálica, en su armario, tenía al menos cinco mil dólares en efectivo. Y una cartilla de ahorros con otros seis mil ochocientos. No pasaba miseria, es evidente. Marston, sí.

— ¿Qué relación puede tener, con gente así, el uso de armas orientales, salvo el hecho de que estos crímenes tuvieran lugar en el Barrio Chino, teniente? —era Lena la que hacía la pregunta.

—Sé tanto como vosotros, amigos míos —suspiró Dobkin,

encaminándose a la salida, cuando ya el cuerpo de Carruthers, envuelto en una sábana que, pese a todas las precauciones aparecía tan empapada de sangre como el suelo del apartamento, era conducido a la ambulancia que esperaba afuera—. Vamos, aquí ya queda poco por hacer. Los vecinos no querían saber nada de Carruthers. Apenas si tenía trato con nadie, ni le veían habitualmente. El conserje dice que es raro que estuviese a esta hora en su vivienda, puesto que todos los días salía antes de las cinco de la tarde, para no volver hasta la madrugada…

—De modo que el asesino lo encontró en casa de un modo casual…

—O no tan casual, Kwan —meneó la cabeza, el policía—. Puede que el miedo de lo ocurrido a Marston hiciera quedarse aquí a Carruthers. Eso debía preverlo el asesino… y acudió para dar su segundo golpe.

Salieron de la casa. Dobkin se ofreció a llevarles a alguna parte, pero Kwan y Lena se negaron, encaminándose a su propio automóvil.

—Ya es tarde —señaló el joven chino—. Tenemos que descansar. Si Frank ha vuelto, hablaremos con él de este asunto. Tal vez él pueda serle de más ayuda. . Hasta mañana, teniente.

— ¡Adiós, amigos! Y gracias por todo —Dobkin les vio partir antes de entrar en su propio coche oficial, para partir en pos de la ambulancia que conducía el cadáver del hombre desgarrado con un *shuko* de púas de acero.

No pudo advertir, sin embargo, cómo dos automóviles negros, aparcados a alguna distancia de la manzana, se ponían silenciosamente en movimiento, rodando detrás del que conducía Kwan Shang, con creciente velocidad.

Al volante del primero de esos coches, iba un hombre de raza oriental, de rostro ancho y brutal, vestido con un suéter negro de cuello alto. A su lado, iba un hombre de duras facciones, de raza occidental, y tras ellos, otros dos viajeros, callados e inmóviles.

—Síguelos hasta el lugar adecuado —silabeó el hombre de raza blanca que iba junto al del volante—. El patrón creo que está en lo cierto. Esos malditos b*udokas* están mezclados en esto. Habrá que terminar con ellos Esta misma noche...

El oriental de aspecto feroz, asintió, apretando con sus manos el volante de tal modo, que éste crujió y pareció a punto de romperse en menudos fragmentos, bajo la presión de aquellas manazas anchas y musculosas.

—Sí —asintió—. Van a pagar muy caro el mezclarse con los negocios del patrón...

Delante de ellos, el coche donde viajaban Kwan Shang y Lena Tiger, se alejaba, más y más, de Chinatown. Pero no se distanciaban, en absoluto, de los dos coches negros que iban en pos de ellos. Por el contrario, cuando la avenida se hizo lo bastante amplia, camino de Telegraph Hill, uno de los coches adelantó al de Kwan, siguiendo su marcha por delante de éste.

La maniobra estaba bien dispuesta. Momentos más tarde, Kwan entraba en otra calle, cuesta arriba y bastante angosta. De súbito, el coche negro de delante se detuvo en seco cruzándose ante ellos. Con un brusco frenazo, Kwan evitó la colisión.

Tras ellos, frenó el otro, inundándoles con la luz de sus faros.

Kwan lanzó una surda imprecación y miró a Lena con alarma en sus oscuros ojos.

—Esto me huele a emboscada, compañera —dijo sordamente.

—Sí, eso me temo —asintió Lena, con gran serenidad.

De ambos coches, ya se movían hacia ellos hasta siete hombres fornidos, vestidos de oscuro, arqueados sus brazos, evidentemente dispuestos al ataque.

Allí encerrados, no podían hacer nada. Kwan abrió las portezuelas. Lena saltó por un lado y él por otro. Se enfrentaron a los siete hombres, en desigual equilibrio de fuerzas.

—Cuidado —silabeó Kwan, entre dientes— Creo que ellos

también son luchadores expertos, Lena...

—Ya lo he notado —asintió ella, con voz grave.

Los siete se desplegaron. Tres para ella, cuatro para Kwan. Eran muchos, demasiados, incluso para *budokas* de la talla del joven chino y la hermosa mulata.

Pero no había otro camino que luchar.

Y lucharían.

* * *

Ella era intensamente rubia. Una melena suave, sedosa, ondulada, de color dorado brillante. La tez, de una palidez suave y alabastrina, hacía juego con ese color del cabello, así como con el azul límpido de sus ojos.

Por contraste, la joven morena lo parecía más aún, pese a que su cabello era solamente castaño oscuro, y su tez estaba bronceada, más por el efecto del sol y del aire libre, que por natural pigmentación de la piel, pese a que distaba mucho de ser pálida, como lo acusaba el leve tono broncíneo de sus pechos, visibles en el descote, ligeramente menos oscuros que el resto de su epidermis.

Los ojos, de un tono ámbar profundo, también eran bellos y dulces, aunque quizá, llegado el momento, fuesen capaces de mirar con pasión, e incluso con odio. Todo el cuerpo de esta última, en contraste también con la esbeltez y escasas opulencias de la rubia, era prieto, de curvas firmes, de senos llamativos y de caderas sinuosas. Su falda de tejido tenue, tampoco disimulaba demasiado la protuberancia procaz, de sus nalgas.

Frank Cole miró a ambas mujeres con un cierto aire de perplejidad en el gesto, sin saber, a ciencia cierta, a qué debía su presencia allí, a tales horas de la noche, rozando casi la madrugada.

—Y bien. . —manifestó lentamente—. ¿Me esperaban a mí?

—Exacto, señor Cole —afirmó la dama rubia, que parecía ser más autoritaria, más enérgica que su joven amiga morena—. Le

esperábamos a usted.

—Pudieron haber entrado en la casa, puesto que parecían saber de antemano que yo resido ahí —mostró Frank la residencia que compartía con Lena y Kwan, desde que formaron el grupo de los *Dragones de Oro* para ayudar a las personas necesitadas de protección contra la injusticia o la violencia.

—Preferimos hacerlo aquí —la rubia golpeó suavemente el descapotable rojo guinda, un bello deportivo que significaba, evidentemente, una posición muy desahogada en quien pudiera poseerlo. Era de una marca europea muy cotizada. Y un modelo muy moderno y lujoso—. Queríamos verle a solas. Hablar sin testigos.

—Pues parece que lo lograron —rió suavemente Cole, escudriñando las sombras y la soledad de Telegraph Hill a aquellas horas, sin acabar de fiarse de nada ni de nadie. Cierto que eran dos hermosas interlocutoras \ que su sexo incitaba a la confianza, pero no sería la primera vez que se cruzara en su camino un criminal ríe sexo femenino—. ¿Qué tal, si entramos de todos modos? Les aseguro que nadie nos molestará ni interrumpirá la charla. El edificio es muy amplio, y tiene zonas aisladas, donde poder conversar sin que nadie se pueda aproximar a sus ocupantes. ¿Eso les satisface a ambas, señoritas...?

—Dyan Nelson —dijo la rubia. Señaló a su compañera y añadió, con dulce sonrisa—. Y ella es Sybil Dentón. Mi mejor amiga. En cuanto a nuestras otras compañeras..., ellas son Kathy Jordán e Ivy Lukas.

— ¿*Otras* compañeras? —Pestañeó Frank Cole—. ¿Dónde están ellas?

—Ahí, a su espalda, señor Cole —rió, inesperadamente, la muchacha morena—. ¡Vamos, atacad, muchachas!

Cole se volvió sobre sí mismo, dominando su fugaz perplejidad, para ponerse en guardia y enfrentarse, de súbito, a los más insólitos adversarios que, en número de cuatro, saltaban ahora sobre él. Dos

mujeres salvando ágilmente las portezuelas del rojo descapotable, sin abrirlas, y las otras dos, saltando desde los tejados de dos edificios cercanos, en el acceso empinado a la colina, para coger a Cole entre dos fuegos.

Sorprendentemente, el rubio *budoka* americano, se enfrentó ahora a cuatro hermosas criaturas, cuatro mujeres bellas y bien formadas, que se movían hacia él elásticas y seguras, dispuestas todas ellas a golpear. A atacarle, siguiendo las prácticas más perfectas de las *Arres Marciales,* como pudo advertir en su forma de mantener la guardia e iniciar el ataque.

Y. para su sorpresa, pronto descubrió algo más: ¡las cuatro tenían, por objetivo común, *golpearle hasta matarle!*

* * *

Rick Starren era fuerte. Muy fuerte.

Incluso herido de muerte, bañado en la sangre que fluía de sus terribles heridas en el pecho y estómago, producidas por el incisivo filo de un *wakizachi* japonés, un arma terrible y mortífera cuando era empuñada con fuerza, y hundida violentamente hasta su empuñadura .en el cuerpo del adversario, pudo Rick aun así moverse, arrastrarse, tras sufrir el ataque brutal, devastador.

Un reguero de copioso liquido rojo marcó su trayectoria desesperada hasta el teléfono, que aferró con dedos crispados, bañados en sangre, tirando de él hasta que golpeó la ensangrentada alfombra del bello apartamento oriental donde había tenido lugar la tragedia.

Borrosamente, pudo captar allá, al fondo de la salita de paneles de papel y biombos lacados, el kimono verde brillante, salpicado de gotas de sangre. Y emergiendo de él, el rostro aporcelanado e inmóvil dé la muchacha china.

—Jade... —susurró—, Jade...

Le brotaron los sonidos envueltos en burbujas sanguinolentas. Se debatió, contra un espasmo agónico, y aferró el teléfono, logrando

marcar un número, dificultosamente.

Era el de las patrullas volantes de la policía. Una voz sonó lejana, apenas hubiera emitido el teléfono dos timbrazos al otro extremo de la línea:

—Policía Metropolitana. Urgencias. ¿Quién llama?

—Aquí... Pine Street... Mil... doce... Piso... seis... Ase...sinato... Me... muero...

— ¿Qué dice? ¿Cuál es su nombre, qué sucede?

—No... puedo... más... Jade... yo... Digan a Cole... a Frank Cole... que... me mató... la... la mujer... de oro... Ella... con... machete... japonés... ¡Me... mue...ro...!

Vomitó sangre, se escapó el teléfono de sus dedos, se desplomó el cuerpo sangrante de Rick Starrett sobre el aparato telefónico, salpicado de sangre. Se quedó inmóvil, ya para siempre, mientras la voz del telefonista de la policía insistía en saber más, mientras avisaba a un coche-patrulla de la zona.

Más atrás, sobre un sofá oriental, el cuerpo de la pálida y bella Jade, yacía, también inmóvil, con la sangre manchando un kimono de seda, verde como su nombre...

* * *

Kwan Shang tenía sus manos en posición, el cuerpo en guardia, en la serie primera, o *Km.* Su figura adoptaba la postura *Chi-Ma-Shih* del *Kung-Fu,* las manos en *Hit-Cha. o Zarpa de Tigre*

Rápido, al ser atacado por el grupo de enemigos, tomó la postura del arco hacia atrás, o *Fut-Ui,* y su mano izquierda describió un arco hacia arriba, mientras la mano derecha, con igual movimiento, llegaba a su cadera del mismo lado.

Luego, adelantó un paso el pie derecho, para ponerse en postura de *T Shu,* y la mano derecha siguió su movimiento, hacia abajo, y golpeó con el talón de la palma de la mano.

El golpeado saltó atrás, con un aullido de dolor, cuando ya Kwan

Shang, con celeridad increíble, adelantó un gran paso el pie derecho, tomó la postura de *Ting-Tzu* o *arco* y *la flecha hacia adelante,* mientras sus dos manos se levantaban delante del pecho y empujaban con fuerza hacia adelante, engaritados los dedos, de modo que cayeron sobre los ojos de los dos enemigos que saltaban ya sobre él.

Aullaron éstos, con un agudísimo dolor, cuando los dedos de Kwan, en rápido paso a la posición de *Cheng- Chu,* o *Dragones Gemelos,* se hincaron en los ojos de ambos enemigos, golpeando dura, secamente, con la punta de los dedos índice y corazón.

Cegados, se desplomaron, tanteando lastimosamente en el asfalto, mientras el cuarto enemigo, desorientado aún, saltaba sobre Kwan con ímpetu, sus piernas por delante, para alcanzar, mortalmente, al joven en el cráneo.

Kwan saltó atrás, cruzó su pierna ante las del agresor, derribándole, y con celeridad, increíble, saltó sobre él, descargándole un impacto de talón con su pie zurdo en el entrecejo o *Cho-To.* Le mató en el acto.

Ya sólo quedaba el primer adversario que, recuperado del golpe recibido en sus órganos genitales, volvía al ataque, aunque aún castigado por el dolor del impacto, que aumentaba, sin embargo, su furia homicida en aquellos momentos.

Al otro lado del coche, Lena Tiger utilizaba indistintamente sus llaves de *aikido o* los demoledores golpes del *Tae-kwon-do,* para mantener a raya a sus tres adversarios, recibiendo el menor castigo posible, ella misma.

Kwan logró entonces parar el golpe del pie derecho enemigo, dirigido hacia su estómago, utilizando la *serie Ch'an* de la *Forma* del *Kung-Fu.* Lo hizo con su antebrazo derecho, y pasando el antebrazo izquierdo por debajo del tobillo del pie derecho de su antagonista. Apartó un poco más hacia arriba y hacia la izquierda la pierna derecha del adversario, lo que le desequilibró. Y entonces, levantando más su pierna, le hizo perder el equilibrio totalmente, golpeando con

un puñetazo en el estómago, de abato hacia arriba, como si fuese un demoledor *uppercut* de boxeo.

El enemigo se desplomó en seco, retorciéndose de dolor, al borde del desvanecimiento. Kwan Shang, rápido, >e volvió, para ayudar a Lena en su combate contra tan numeroso grupo de adversarios.

No hacía falta ya. Lena, tras derribar a un enemigo, el primero, con una llave rápida, que evitó el ataque con ambas manos del luchador, al aferraría violentamente, creyéndose así victorioso con suma facilidad. Lena le dejó hacer, practicando un *Ikkyo* sobre aquella especie de ataque en *Ryote Dori.* Así, apenas producida la presa, adelantó un pie, v, con su mano derecha, aferró Lena la muñeca del mismo lado, y levantó la mano izquierda, adelantando el pie opuesto, dobladas las rodillas. Pasó así por debajo del brazo derecho del enemigo, dio una vuelta fulminante sobre los dos pies; hacia su derecha y libró su mano izquierda, poniéndola sobre el codo derecho del adversario. Aferrado así, el individuo cayó, exhalando un gemido ronco, y como en ese momento saltaba otro adversario hacia la joven mulata, ésta se irguió, sin soltar su presa, y disparó una pierna elásticamente, hiriendo en pleno mentón, con el talón del pie al atacante. Este exhaló un bramido, y se desplomó inconsciente, dejando ya tan sólo al tercer adversario que, ante lo que veía, optó por el método más electivo y violento: extrajo una navaja automática, cuyo muelle chascó al brotar, como una rígida lengua de acero, su hoja afiladísima, en la que centelleó el reflejo de una luz distante en la calle.

Fue entonces cuando Kwan se volvía para intentar ayudarla, pero no tuvo necesidad de hacerlo. Lena se bastó y sobró para abatir al último adversario.

Soltando al que tenía cautivo, describió una patada circular, o D*ol Liyo Cha Ki,* que, hiriendo en las ingles al otro, le lanzó atrás, haciéndole rebotar contra el muro, con un chillido de angustiado

dolor, y luego se desplomó de bruces, quedando inmóvil, quejándose lastimosamente entre dientes, con sólo unas leves convulsiones como señal de y ida.

— ¡Bravo, muchacha! —aprobó Kwan. satisfecho—. Hemos barrido a esos rufianes... Pero me gustaría saber por qué nos atacaron...

—Es mejor que nos marchemos ya, Kwan —avisó Lena, tensa, mirando en derredor—. Pueden venir más. O recuperarse alguno de ellos y atacarnos con alguna arma peligrosa...

— De todos modos, intentaré saber algo —insistió Kwan. inclinándose, rápido, sobre los dos primeros individuos tendidos en el asfalto—. Y ese algo, es el origen de todo esto. .. sea lo que sea.

Rebuscó en sus bolsillos, encontró algunas cosas y, >in mirarlas siquiera, al oír que algunos de los heridos e inconscientes se quejaban, recuperándose lentamente, se irguió, tomó a Lena por una mano y corrió al coche negro, que manejó, dejándolo en otra posición, volviendo luego al suyo propio, que arrancaron velozmente, dejando atrás los dos coches negros, y a sus maltrechos ocupantes.

Uno de éstos, el oriental de cara achatada y ruda, se incorporó, jadeante, apretándose la parte dolorida, se arrastró penosamente hasta el primer coche, y abrió un compartimento del tablier, extrayendo un radioteléfono que utilizó tras presionar una tecla.

—Informa Tchung-Tsao —dijo, roncamente, contraída su fea faz por el vivo dolor—. ¿Escuchan, *Centro Uno?*

—Escuchamos. Informe, Tchung-Tsao. ¿Cumplieron las órdenes del jefe? —dijo una voz fría y metálica, al otro extremo del comunicador radiotelefónico.

—Lo intentamos —jadeó el oriental.

— ¿Qué significa eso de *lo intentamos?* —la voz pareció, de repente, una navaja afilada—. ¡Las órdenes se *cumplen,* sin intento alguno!

—Éramos siete... Ellos, sólo dos: la chica morena y el chino... Pues bien, son como diablos Nos vencieron. Creo que han matado a uno o dos de los nuestros. Los demás están mal. Yo también... Pegaban como demonios. No parecen humanos, dígale eso al patrón. Ampliaré luego los informes... cuando me haya visto el doctor.

—Muy bien —el sonido chirriante era claramente hostil—. Hará bien en buscarse una explicación *muy* convincente. Al patrón no va a gustarle nada todo esto, bien lo sabe.

—Claro —suspiró el oriental, malhumorado. Colgó, tras mascullar—: ¡Nos veremos, maldita sea...!

Luego, se dispuso a reanimar a los inconscientes, antes de que pudiera llegar un coche-patrulla, o algo parecido. Y entre todos, se llevarían a los muertos, si es que eran más de uno, como se temía el oriental.

Al entrar en su coche, maldijo entre dientes, lleno de ira. Acababa de descubrir algo desagradable. Corrió por todo el callejón, buscando en el asfalto con una lámpara de bolsillo. Todo fue en vano. No encontró nada.

—Esos bastardos... —silabeó—, ¡Nos han registrado antes de irse... y se han llevado cosas reveladoras! Eso firma su sentencia de muerte inapelable. El patrón se ocupará, ahora, de eso. Y tal vez, incluso, el propio *Mandarín Amarillo* y sus ejecutores…

## Capítulo V
## POQUER DE SOSPECHAS

Matarle.

Es lo que intentaban las cuatro hermosas mujeres. Frank Cole se dio cuenta inmediatamente, con una mezcla de asombro, desilusión… y también, por supuesto, honda preocupación.

Porque las cuatro sabían de *Artes Marciales,* eso era evidente. Y las cuatro, además de bello rostro y cuerpos esculturales, tenían algo en común: una agilidad poco corriente, y un atan evidente de terminar con él, lo antes posible. Y terminar de un modo definitivo: asesinándole a golpes de *karate.*

Las cuatro hermosas muchachas eran como un abanico de belleza diversa. Una rubia, Dyan Nelson, una morena, Sybil Dentón, una pelirroja, Kathy Jordán y otra rubia menos brillante, de cabellos más oscuros, Ivy Lukas. Cuatro figuras arrogantes, dé piernas ágiles, de muslos bien torneados, de senos llamativos; de cuerpos, en suma, turbadores para cualquier hombre.

Pero eran cuatro asesinas en potencia. Y le atacaban a la vez, simultaneando diabólicamente sus acciones, incluso con una sonrisa dulce y atractiva en Sus rostros encantadores.

La Muerte jamás había mostrado más bella faz Pero tampoco más despiadada.

Cole olvidó inmediatamente la diferencia de sexo y el encanto

físico de sus cautivadoras enemigas. Eran sólo eso: enemigos, sin sexo ni derecho a trato preferente alguno. Se trataba de matar o morir. Aun así, intento no descargar golpes mortales. Pero sí se convirtió, de súbito, en un torbellino furibundo, de perfecta sincronización entre sus movimientos defensivos y ofensivos.

Tanta lúe su concentración psicofísica, tal su profunda entrega a aquel delicado instante en que se jugaba posiblemente la vida, que su grito potente, electrizante, pareció brotar de cada uno de sus poros, pero de ningún punto del cuerpo en concreto, frenando en parte la acción agresiva de las cuatro bellezas, impresionadas por la potencia y energía latente en aquel grito ronco, librante, que restalló en la madrugada ásperamente:

— ¡KIAI!

Luego, los brazos y piernas de Frank Cole, fueron como tentáculos poderosos, lanzados contra cuatro herniosos cuerpos que le agredían simultáneamente, en un adorable cinturón de violencia y de muerte.

Fue una escena fantástica, un auténtico *ballet* de elasticidad felina, armonía, violencia y poder físico y agilidad mental, en cuatro figuras que parecían representar una escena para un público fascinado por la rara belleza del momento.

Pero que en realidad, no era sino la pugna de un solo hombre, contra cuatro bellas atacantes del sexo opuesto, dispuestas a matarle si desfallecía lo más mínimo. Y no había espectadores en aquella zona desierta de Telegraph Hill, frente a la residencia de los *Dragones de Oro,* a horas avanzadas de una noche neblinosa y fría, con el pavimento callejero negro y húmedo por la llovizna persistente.

Disparó Cole su pierna en un formidable *Yoko-Geri-Jodan* del pie derecho, que martilleó a la morena Sybil Dentón, lanzándola atrás con un grito ronco, mientras el codo del joven *budoka* americano, moviéndose en un desplazamiento lateral, en *Kaiten-Até,* que era una forma fundamental dentro de la técnica *karateka* del *Hiji-Alé* o gama

de golpes de codo, evitando que la rubia color miel, Ivy Lukas, ataviada con unos *shorts* que dejaban lucir sus bellos y fuertes muslos hasta el mismo inicio de las fuertes nalgas, le pudiese aferrar, como quería, por la manga.

Las dos mujeres, desplazadas por sus golpes certeros, dejaron un paso a la muy rubia Dyan Nelson, y a la pelirroja Kathy Jordán, que trataron de penetrar en su cerrada guardia eficazmente, con sendos ataques de sus piernas y brazos.

Cole captó en seguida el peligro de aquella certera técnica agresiva, y usó de nuevo el codo en un *Irimi-Até* o golpe de codo, dirigido hacia adelante, con potencia Alcanzó a la pelirroja en el mentón, tras golpear de refilón sus pechos macizos, y la golpeada gritó con ira, trastabillando hacia atrás. Cole pudo, entonces, captar la virulencia del ataque de Dyan Nelson, la más rubia s alta de todas sus enemigas.

Saltó disparado atrás, por un impacto del talón de la hembra rubia que, de haberle acertado en un punto vital o *atemi,* como ella quería, le hubiera dejado sin sida en el acto, va que buscó alcanzarle en una *kasumi* o sien.

Evitó ese blanco mortífero, pero el ágil pie levantado de la mujer le dio secamente en el cráneo, haciéndole sentir un aturdimiento profundo en su interior, pero logrando, pese a su caída contra una valla Inmediata, recuperar el equilibrio, justamente cuando su temible enemiga emitía un sonido inarticulado y feroz entre dientes, precipitándose vivamente sobre él, con sus manos en forma de sable o *shuto,* con la nada amable idea de alcanzarle en la nuez de Adán y en el entrecejo, simultáneamente. Hubieran sido golpes funestos ambos, de haber llegado a su destino.

Cole se rehízo justo a tiempo, y paró en seco ambos impactos con sus brazos. Su zurdo se opuso al derecho de ella en una parada de *Shoto-Uké,* y el zurdo lo frenó con el derecho, en *Hiji-Até* fulminante. Simultáneamente, disparó su pie derecho con virulencia.

El impacto fue directo a las ingles de la hermosa criatura. La rubia se dobló, al borde del desvanecimiento, tambaleante. De inmediato, cayó la mano diestra de Cole en posición de *simio,* sobre la nuca de la rubia Dean Nelson.

La abatió estrepitosamente a sus pies, dejándola inconsciente. La lucha había terminado, exactamente, en seis o siete segundos. Cuatro hermosos cuerpos femeninos yacían sin conocimiento en torno suyo.

Era una victoria difícil, pero necesaria. No había matado a ninguna de ellas, y él había salvado su vida. Desorientado, aún aturdido por el temible golpe que le propinara su última contrincante, las miró y se preguntó en voz alta, antes de empezar a trasladarlas al interior de la residencia, con la ayuda de sus servidores: —No lo entiendo… ¿Qué significa esto? ¿Por qué estas mujeres me atacaron? Es algo que debo aclarar. . Y ellas van a explicármelo, quieran o no…

* * *

Kwan Shang puso en las manos de Frank lo que hallara en el billetero de uno de sus asaltantes de aquella noche.

—Hay dinero, tarjetas de crédito y documentos, en ellos —explicó, mostrando los dos billeteros— Pero creo que esas dos cosas, son las más importantes de todo. Lo único que parece explicar algo concreto, ¿no crees?

Frank asintió, pensativo, con el ceño fruncido y los ojos fijos en lo que ahora tenía en sus manos. Eran dos objetos aparentemente inocentes. Pero en realidad, tenían un claro significado para él. Revelaban, cuando menos, el origen de la agresión nocturna de que fueran víctimas Lena Tiger y Kwan Shang. Y tal vez la suya propia, a manos de cuatro mujeres bellísimas y peligrosas.

Cuatro mujeres que, ahora, tendidas en otros tantos sofás, bajo una luz tenue, estaban rígidas, sometidas a un trance hipnótico, por parte de Cole y de Kwan Shang. Esperando ser interrogadas convenientemente, para conocer la naturaleza de sus intenciones y la

motivación de su ataque mortífero.

— Ya veo —dijo, lentamente—. Una llave con llavero especial, de oro y jade, y unas cifras en él, junto a la letra Z, también grabada en oro sobre la piedra redonda y verde del disco central. Es el emblema de la cadena de negocios *Zeleste.* Regalan llaveros parecidos a sus clientes, pero no en oro y jade auténticos. Por lo tanto, éste pertenece a un empleado o funcionario de *Zeleste.* Es decir, de Loo, Wang, el *Mandarín Amarillo* de Chinatown

—Era un chino recio y brutal, con aspecto de luchador profesional —señaló Kwan, pensativo—, El otro objeto pertenecía a un hombre de tu raza, Frank. También con aires de matón habitual. Era duro y vigoroso, pero no demasiado ágil.

—Y se trata de una tarjeta plastificada, firmada, personalmente, por Douglas Carlyle, a nombre de un tal Jerry Goldstein, que lleva una serie de perforaciones indudablemente correspondientes a una caja de seguridad o una cerradura especial electrónica. Es poca la gente del hampa que tiene algo personalmente otorgado por un hombre tan importante como *El Mandarín Blanco* de Chinatown, Kwan. Por tanto, significa que ese individuo pertenece a algún grupo especial, que goza de la confianza del amo. Carlyle es socio de Loo Wang. Por tanto, no fueron unos cualesquiera los que os atacaron, sino personas de confianza de la organización,

—Pero, ¿por qué, Frank? Eso es lo que yo me pregunto. No nos hemos metido para nada con ellos. Esto no tiene sentido.

Lena, que permanecía a un lado, estudiando con fijeza y con muy escasa simpatía a los tres hermosos cuerpos de mujer que esperaban el interrogatorio de los *Dragones de Oro,* se volvió vivamente, recordando algo.

—Quizá esto tenga algo que ver con lo sucedido a ese hombre, a Carruthers...

— ¿Carruthers? —Enarcó las cejas Cole— ¿Qué significa eso?

—Cierto, Frank —suspiró Kwan Shang—. Hablando de esa

agresión, habíamos olvidado lo más importante. Estuvimos en una casa de Chinatown, llamados por el teniente Dobkin.

Y le relató todo lo referente a la muerte del hombre de los bajos fondos, víctima de un arma terrible como era el *shuko.* Cole, ensombrecido repentinamente, escuchó la historia. Giró la cabeza, mirando, reflexivo, a las cuatro mujeres, especialmente a la más rubia de ellas, Dyan Nelson. Alguna idea pasó por su mente. Sus ojos acerados brillaron como púas de metal a la luz.

—Entiendo —manifestó, lentamente—. La mujer vestida de oro ha vuelto a actuar...

—Eso es —asintió Lena Tiger—. ¿Eso puede relacionarse con el ataque sufrido?

—Es casi evidente. Carlyle y su socio, Wang *El Mandarín Amarillo,* están asustados y alarmados. No sé por qué motivo, nos relacionaron con todo eso. Tal vez os han visto salir de la vivienda de Carruthers, y Os relacionan con los dos crímenes. Pero si vigilaban, es porque sospechaban algo.

— ¿Sugieres que ellos podrían sospechar que nosotros tenemos algo que ver en unas muertes semejantes? —se extrañó Kwan.

—Después de todo, ellos saben que somos *budokas* y dominamos *Aries Marciales.* Para gente como Carlyle o Loo Wang, no resultaría extraño que pudiéramos aniquilar a su gentuza de esa forma Iría y criminal. No creo que entiendan mucho de comportamientos honestos y limpios. Saben que perseguimos a los delincuentes. ¿Por qué no imaginar en sus retorcidas mentes, que seríamos capaces de acudir al crimen para limpiar Chinatown de lacras humanas?

— ¿Y quieren vengarse de nosotros, considerándonos culpables?

—Venganza... o simple temor —avisó Cole—. Tal vez pretendan destruirnos, por miedo a que nosotros les destruyamos a ellos.

— ¡Es una idea ridícula y ofensiva! —dijo Kwan, airado.

—Para nosotros, sí. Para ellos, resulta normal. Imaginan que lodo el mundo es como ellos y usa sus mismos procedimientos. Para la

gente como Wang o Carlyle, no existen la generosidad y la nobleza ni el espíritu de justicia.

— ¿Y… esas mujeres? —las señaló Lena, despectiva—. ¿También las enviaron esos angelitos, Frank?

—No lo sé. Pudiera ser que sí. Pero ninguna es oriental. Y hasta parecen chicas de buena condición, no mujerzuelas de los bajos fondos —sacudió Frank la cabeza—. No logro entender lo que sucede, pero…

El teléfono sonó en la salita en que se hallaban. Frank se encamino a él. Descolgó, sorprendido de recibir llamadas a tan avanzada hora de la madrugada.

—Frank Cole —dijo, escueto—. ¿Quién llama?

—Dobkin —fue la respuesta—. ¿Te han contado Lena y Kwan lo sucedido esta noche, a primera hora?

—Si. Y me han contado otras muchas cosas que tú no sabes, Dobkin —suspiró Cole—. No necesitabas informarme ya de todo eso. Soy yo quien tiene cosas nuevas para ti.

—Falta me harán, si se relacionan con esa maldita mujer del traje de oro.

—Seguro que, en cierto modo, han de relacionarse con ella.

—Pues espera un momento, Frank. Tengo noticias para ti. Urgentes. Y bastante malas.

— ¿Qué quieres decir? —Cole enarcó las cejas.

—Ante todo, ¿conoces a alguien llamado Rick Starrett?

— ¿Starrett? —Frank se puso rígido—. ¿Qué significa eso? Claro que lo conozco. ¿Le sucede algo? Es un gran amigo…

—Ya no puede sucederle nada, desafortunadamente, Frank —la voz de Dobkin fue vacilante, amarga—. Lo siento, peto… está muerto.

— *¿Qué?* —la voz de Frank fue como un trallazo seco. Kwan y Lena le miraron, alarmados. Una leve palidez se había extendido sobre las broncíneas y firmes facciones del b*udoka* rubio.

—Así son las cosas, Frank. Le mataron esta misma noche, quizás al inicio de la madrugada… Esta vez usaron otra clase de arma

oriental. El mismo, agonizando, logró telefonear a la policía. Informó de que había sido herido con... con un machete japonés... Un experto nos ha indicado que pudo ser un *wakizachi,* un sable recto y ancho, usado por los guerreros nipones en el pasado...

—Sé lo que es un *wakizachi* —cortó, ásperamente, Cole—. ¿Cómo pudo suceder? ¿Dónde? Le dejé en un club nocturno, el Pagoda, con una chica oriental...

—Jade Lo —asintió Dobkin.

—Sí, creo recordar que la llamó así... Jade...

—Evidentemente, fueron a casa de ella. Un bello apartamento al estilo chino. No parecían estar en situación deshonesta, Frank, Sólo tomando algo, charlando... De alguna forma, debió presentarse esa dama. Tuvo que ser ella. Él lo dijo por teléfono, mientras agonizaba. Mencionó a la dama de oro No sé cómo aparecería, pero mató a Starrett a cuchilladas... e hirió a la chica, a Jade.

— ¿Ella no ha muerto?

—No. Está herida. Una cuchillada grave, pero hay esperanzas... La han hospitalizado *y* están interviniéndola quirúrgicamente. No volvió en sí, aún. No podemos conocer su versión. Frank, lamento estas noticias, pero creí que debías saberlas...

—Sí, gracias… —Cole bajó la cabeza, demudado—. Rick... Pobre Rick. Tal vez yo mismo le... le envié a la muerte sin saberlo. Esa chica, Jade... ha de tener algo que ver con lo sucedido. Es pura lógica. Rick no residía aquí, no podía tener nadie el menor interés en... en asesinarle.

—Me gustaría hablar contigo, Cole, cuando hayas pasado la primera impresión. Puedes sernos de ayuda respecto a lo sucedido.

—Lo dudo mucho. Rick no tenía relación alguna con los problemas de Chinatown y, por lo tanto, es totalmente distinto a ese Carruthers o al otro, a Marston. No tiene sentido matar a un hombre como él...

— Quizá tengas razón. Investigaremos en relación con ella, esa

chica oriental. De momento, tengo informes sobre Marston y Carruthers. Ambos, de un modo u otro, trabajaban para la cadena *Zeleste,* los restaurantes y salones de té de Loo Wang Y, naturalmente, quien dice eso, dice sus distribuciones de drogas, sus fumaderos y. todo lo demás que constituye su verdadero negocio.

—Lo imaginaba, Dobkin.

— ¿Lo imaginabas? ¿Por qué? —se intrigó el teniente de Homicidios.

—Ya te lo contaré detalladamente —Frank miró su reloj de pulsera—. A primera hora de la mañana, sí estás levantado, podemos vernos en el Departamento.

—Allí estaré. No pienso dormir ya en esta noche maldita, Frank.

—Ni yo tampoco —aseguró Cole, sombrío. Miró a las cuatro mujeres inconscientes, encajó sus mandíbulas con gesto hosco, y añadió—: Tengo algo importante por hacer, antes de descansar un par de horas… si es que puedo. Hasta luego, Dobkin.

Colgó. Luego, avanzó despacio hacia las cuatro damas tendidas en los sofás. Kwan, alarmado, se aproximó a él.

—Frank, serénate… —le rogó—. Si tu amigo ha muerto… debes intentar hallar al culpable, pero no buscar venganza ni odios… Sabes que ése no es nuestro camino.

Cole se irguió. Sus grises ojos se clavaron en el joven chino. Lentamente, su rostro se relajó, sus brazos se distendieron, sus dedos dejaron de apretarse térreamente. La voz de Cole sonó extrañamente apacible, calmosa, sin emociones:

—Nunca lo pensé, Kwan. No me dejo cegar por las emociones, tú lo sabes. Pero Rick era un gran chico, un buen amigo. Quien le mató, sea por la razón que sea, debe pagar ese abominable crimen. Y lo pagará. No pienso en venganza, sino en estricta justicia. Ya no se trata sólo de esclarecer unas inexplicables agresiones a nuestras personas, sino de capturar a un asesino que cometió su peor acto y el más inexplicable. Rick no era un delincuente ni un miembro de los bajos

fondos, como los demás. Sea la que sea la razón de su muerte, ha de estar en ella, en Jade, la chica oriental... Pero Jade no puede hablar, aún. En cambio, estas cuatro mujeres *sí* pueden hablar. ¡Y van a hacerlo, Kwan! Sin violencias, sin odio ni rencor. Pero lo harán. Palabra...

Kwan asintió, más tranquilizado. Se limitó a decir, con tono tranquilo:

—Si puedo ayudarte... sabes que lo haré, Frank.

—De acuerdo. Vamos a ello.

Y se aproximaron ambos a las cuatro mujeres inconscientes.

## Capítulo VI
## JAQUE A LA DAMA DE ORO

Frank Cole y Kwan Shang se miraron largamente, con expresión de sorpresa y desorientación.

—Es la misma respuesta… en todos los casos, Frank —comentó el joven chino.

—Lo sé. Exactamente la misma: «No saben nada. Absolutamente nada. No tienen motivos para atacarme. No me conocen personalmente, salvo de nombre o por los periódicos. Todas ellas estudian *Artes Marciales* en un mismo d*ojo* de Nob Hill, que está de moda, propiedad de un tal *Maestro* Hashumi. Y, ciertamente, serían incapaces, en situación normal, siendo conscientes, no sólo de desear la muerte de alguien, sino ni tan siquiera de causarle un daño intencionado.»

—Sí, eso resume sus declaraciones. Sometidas al detector electrónico de mentiras, han confirmado exactamente lo que dijeron bajo la acción hipnótica —Kwan desconectó el ingenio cibernético para detectar la verdad en el interrogatorio de las cuatro hermosas mujeres aún en trance de hipnosis—. Además, son todas de buena familia y excelente posición económica. Sin relación alguna con los bajos fondos o con la gentuza de Chinatown. No lo entiendo, Frank.

—Yo creo que entiendo algo, no mucho —suspiró el joven *budoka*—. Han sido *programadas para matar.*

— ¿Cómo? —Kwan le miró, perplejo—. Son mujeres, Frank, no computadoras.

—Lo sé. Pero es la frase que mejor explica la realidad extraña a que nos enfrentamos. Alguien, conocedor de sus habilidades de luchadoras, las utilizó para enviarlas contra mí, con orden de muerte. Tenían que asesinarme. Y obedecieron.

— ¿Sugieres una orden… hipnótica, o algo así?

—Exacto. Una orden mental. Hipnosis colectiva o individual. Las cuatro han sido sensibles a tal manipulación. Se las convirtió en autómatas humanos, en asesinas involuntarias. Al despertar, ni siquiera sabrán lo que hicieron. Ni tampoco *quién* las manipuló por medios hipnóticos.

—Pero eso es monstruoso…

—Creo que hay alguien que no se detiene ante nada, con tal de llegar a alcanzar sus fines.

— ¿Loo Wang y Douglas Carlyle, los amos de Chinatown, quizás?

—No lo sé. Juraría que esto viene de otra parte, que es un golpe planeado por otras personas… o *una sola* persona.

— ¿La dama vestida de oro?

— Pudiera ser —Cole pasó frente a las cuatro mujeres recién interrogadas a través de un trance hipnótico y de un computador detector de mentiras, con resultado totalmente negativo. Examinó la rubia belleza de Dyan Nelson, la pelirroja, graciosa faz de Sybil Danton, la morena gracia de Kathy Jordán, y el suave marco de cabellos color de miel que rodeaba la belleza serena, y la vez agresiva, de Ivy Lukas.

Cuatro mujeres. Cuatro bellezas. Jóvenes, de buena posición social en San Francisco, como acababa de descubrir. Las cuatro, practicantes de *Artes Marciales* en un mismo *dojo* de la ciudad, precisamente en su mejor y más elegante distrito, Nob Hill.

La idea pasó por su mente. Brusco, se volvió a Kwan y se la

manifestó:

—Creo que una de ellas miente, amigo mío.

— ¿Qué? —se extrañó el joven chino—. ¿Puede mentir, estando hipnotizada y sometida a un detector de mentiras tan sensibles como ése?

—Si tiene una gran fuerza de voluntad y un autodominio suficiente, puede mentir. Incluso puede fingir estar hipnotizada antes, y estarlo ahora. Puede mantenerse fríamente serena ante el detector, y no acusar alteración psíquica alguna.

— ¿Por qué una de ellas tan sólo, Frank?

—No es más que un presentimiento. Intuyo que una de esas cuatro mujeres hipnotizó a las otras tres. Lo difícil es saber cuál de las cuatro…

— ¿Por qué haría una de ellas tal cosa?

—Muy sencillo —suspiró Cole—. Porque esa mujer, precisamente. . sería la dama vestida de oro, Kwan.

* * *

—La dama vestida de oro… ¡Ella, maldita sea! Y ahora, esos tres diablos… Todo son problemas… —Douglas Carlyle se hubiera levantado violentamente, de haberle sido humanamente posible tal cosa, pero su adiposa, enorme figura, que necesitaba de asientos especiales donde acomodarse, y el volumen y peso de su humanidad, le hacían un hombre lento, incapaz de hacer movimientos intensos. Era como una enorme masa de carne aposentada en el sillón, tras la mesa de trabajo. Más de trescientas libras de peso distribuidas en un cuerpo humano no demasiado alto.

Ante él, humilde, casi medroso, el oriental de rostro áspero y feroz, llamado Tchun-Tsao, bajó la cabeza, tratando de disculparse lo mejor posible:

—Señor, lo intentamos todo. Pero ellos dos se bastaron. Luchan como demonios…

—Lo sé, lo sé. He leído lo suficiente sobre ellos para saber cómo son los *Dragones de Oro*. Tal vez fue un error atacarles. Tengo que discutir eso con mi socio. Ahora es posible que nos hayamos echado encima a esa gente, y eso resultaría peligroso.

—Todos pensamos que podían estar mezclados en la muerte de Marston. Y luego en la de Carruthers... Ahora, es un hombre a quien no conocemos, un tal Rick. Starrett, el que ha sido ajusticiado por esa maldita mujer vestida de oro... También hay una chica malherida...

—Sí. Jade Lo. Una muchacha inteligente y bella. Demasiado inteligente, creo —el adiposo ser se agitó en su asiento, con un temblor de sus grasas fofas—. Siempre pensamos que estaba con nosotros en el asunto de las drogas. Es amiga de Rod Trevis. Muy buena amiga. Últimamente, temamos la sospecha de que trabajaba secretamente para el FBI y la División de Narcóticos. Se la vigilaba Rod Travis había ido, a veces, a su casa. ¿Te das cuenta de eso? Anoche fue otro hombre el que visitó el domicilio de Jade. Y le mataron. Eso me hace pensar que no era a él a quien querían asesinar... sino a Rod Travis.

— ¡A Travis! —el oriental tragó saliva, asustado—. Entonces... va a por todos nosotros, esa maldita asesina.

—Parece evidente —resopló Carlyle con un destello de ira en sus pequeños ojillos, perdidos entre los bultos informes de su ancho rostro de luna llena—. Cuando menos, a por *algunos* de nosotros. Y siempre usa armas extrañas... La verdad, no entiendo muy bien lo que sucede. Pero he intentado comunicar con Travis esta mañana, y su teléfono suena sin que nadie lo coja. Me temo que está asustado y anda oculto por ahí.

— ¿Qué podemos hacer, entonces?

—De momento, esperar. No ataquéis de nuevo a esos *budokas*. Tal vez ellos nada tienen que ver con la mujer del vestido dorado.

— ¡Pero tienen mi llavero! Y la tarjeta de Golstein, para entrar a los fumaderos *Zeleste*... Puede sernos fatal, todo eso en sus manos.

—Estudiaremos ese asunto adecuadamente. De momento, no creo que ellos utilicen el llavero ni la tarjeta codificada, ni se la entreguen a la policía. Lo más grave, de momento, es esa serie de crímenes de la mujer vestida de oro. Hablaré de ello, personalmente, con el propio Loo Wang. Y encontraremos un medio de combatirla... Estoy seguro de ello.

* * *

Los pebeteros despedían aromáticas nubecillas azules. Los muros decorados con paisajes y dragones, formaban un ambiente fantástico, realzado por la peculiar iluminación.

En medio de todo ello, la larga, altísima figura de Loo Wang, *El Mandarín Amarillo* de Chinatown, era como la reencarnación misma del mítico Fu-Manchú. Delgado, envuelto en el kimono negro, estampado, que llegaba hasta su calzado chino, de largas uñas engarriadas, de rostro hermético > apergaminado, fríos los ojos oblicuos, cubierta la cabeza con el gorro de seda negra, era como el símbolo mismo de la China milenaria, en los tiempos en que el mundo occidental se estremecía con el mito del *peligro amarillo.*

Frente a él, enjugándose el sudor pesadamente, se movía con dificultades aquella especie de enorme masa de carne y grasa que era Douglas Carlyle, su rico socio occidental. Los dos hombres se contemplaban astuta y fríamente.

— ¿No estaremos ambos perdiendo un poco la serenidad, mi honorable y estimado socio?

La pregunta, suave, casi melosa, surgió de entre los apretados labios del chino, con una entonación susurrante, como si no fuera él quien hablase. El hombre gordo sacudió enérgicamente la cabeza. Tal vez el cargado ambiente, perfumado y exótico, ejercía sobre sus glándulas una acción excitante. Sudaba más que nunca, y se pasó el pañuelo por el rostro, sin lograr quitarle la humedad que hacía brillar su piel como si estuviera engrasada.

—Loo Wang, deja tu maldito modo untuoso de hablar, y presta atención a lo que te digo —farfulló—. Sabes que no me gusta moverme de mi butaca y deambular por ahí con esta maldita humedad. Cuando he venido al *Santuario,* es por algo. Y por algo muy grave.

—Te escucho —manifestó apaciblemente su interlocutor, sin aparentar inmutarse en exceso por la excitación del occidental.

—Sabes bien a lo que me refiero. Esa mujer, esa especie de Némesis que deambula por Chinatown... Esta asesinando a todos nuestros hombres... Marston, Carruthers...

— ¡Bah! —el chino se encogió de hombros, hundiendo sus largos dedos huesudos en las acampanadas mangas del largo kimono, y juntando éstas sobre su regazo, más parecido que nunca al diabólico personaje de Sax Rohmer que la novela y el cine inmortalizaran en otros tiempos—. Eran hombres de baja estofa, simples esbirros. Pueden ser sustituidos fácilmente, no hay temor.

—Tal vez —resopló el gordo Carlyle—. Pero podría ser sólo el principio.

— ¿El principio... de qué? —se interesó, con rostro hermético, el oriental, sin desviar sus pupilas almendradas del rostro fofo y sudoroso del visitante.

—De algo muy serio. Muy grave para nosotros. Tal tez un desastre.

— ¿Qué clase de desastre? —los delgados labios de Loo Wang, *El Mandarín Amarillo de* Chinatown, se curvaron en una especie de asomo de sonrisa.

—Mo lo sé. Pero no me gusta esto. Acabo de enterarme que en la vivienda de Jade Lo, un hombre que no vivía en San Francisco ha sido acuchillado con un arma oriental, y la propia Jade está internada en un hospital, con graves heridas.

— ¿Y qué?

—Jade Lo era amiga de otro de nuestros hombres.

Y éste *sí* es importante, porque es el jefe de proveedores de la zona sur de la ciudad: Rod Travis. Jade estaba siendo vigilada por nosotros, a causa de ciertas sospechas sobre su posible relación con el FBI. Ahora, no sabemos qué hacer. Ella está en coma... y el muerto tenía que ser Travis, como esperaba la maldita mujer vestida de oro. Equivocó la víctima, pero su intención está clara. La próxima vez procurará no fallar, si dejamos que siga actuando sin darle caza. Y hasta podríamos ser uno de nosotros, Wang.

—Nosotros estamos muy arriba para que esa dama los alcance —suspiró el *Mandarín* paseando con tranquilidad por su *Santuario.* Nubes de aromáticas hierbas quemándose en los pebeteros, teñían el aire de la estancia de un tono azulado. Dragones verdes y dorados parecían contemplar a ambos hombres desde sus muros tapizados. El aroma de los pebeteros, era dulzón y embriagador—. Pero tienes razón en algo: puede dejarnos sin personal importante en la organización. Y llevaría tiempo y dinero reorganizarlo todo. La asesina debe ser aprehendida. Viva o muerta. Me gustaría saber, por qué hace todo esto.

—También a mí —jadeó Carlyle, bailoteándole, su tripe papada, grotescamente—. Pero prefiero verla muerta, Wang.

—Yo también. Sin embargo, antes sería interesante poderla torturar de un modo refinado, hasta que nos revelara el misterio de su comportamiento... ¿No ha> sospecha alguna sobre su posible identidad?

—No, señor. Yo llegué a sospechar inicialmente de esa joven china, Jade Lo. Pero ahora está totalmente descartada, eso es obvio.

—Lo único cierto es que alguien nos odia lo suficiente como para tener el valor de enfrentarse de modo declarado a nosotros —silabeó el chino, meditativo, en pie junto a un enorme jarrón de porcelana verde, adornado con figurillas de jade y lapislázuli—. ¿Quién puede ser esa mujer, para hacer tal cosa?

—He estado examinando nuestros archivos de recuerdos —comentó secamente Carlyle con un destello de agudeza en sus pequeñas y malignas pupilas—. He descubierto algo.

— ¿Qué es ello, mi honorable socio? —volvió a mostrarse suntuoso el oriental.

—Hay dos mujeres capaces de odiarnos hasta ese punto.

— ¿Sus nombres? —enarcó las cejas Loo Wang, con expresión satánica.

— Dyan Nelson y Sybil Dentón. Son amigas, ambas, la primera, perdió a su hermano, víctima de una dosis excesiva de LSD, que le hizo arrojarse desde la azotea de un edificio, pensando que podía volar. La segunda, es viuda. Su marido, a poco de casarse ambos, le reveló que trabajaba para nosotros. Se trataba de Duke Dentón, ¿lo recuerdas?

—Duke Dentón… —los ojos almendrados brillaron—. Claro Era proveedor de una de las zonas más importantes de la ciudad. Quiso dejar el negocio, y habló demasiado por ahí. Tuve que ordenar su ejecución. Tú le enviaste a los chicos, para ello. Y le liquidaron. ¿Es esa mujer su viuda?

— Exacto. Juró, entonces, vengar la muerte de su marido. He sabido que ambas mujeres toman lecciones de artes *Marciales* hace algún tiempo, en un determinado *dojo* de la ciudad. Extraño, ¿no?

— Muy extraño — asintió, despacio, el chino—. Indaga mi paradero.

Me interesa hablar con ellas lo antes posible. ¿Alguna es rubia?

—Dyan Nelson. Pero la asesina podría llevar peluca, eso no significa nada. He intentado localizarlas. Hasta altura, no he logrado nada. La rubia tiene un coche formidable, un «Volvo» rojo, deportivo. Siguen esa pista por el momento, sin resultado.

Que continúen con ella. Me interesa saber dónde están esas mujeres. Cualquiera de ellas podría ser nuestra misteriosa dama de oro. O ambas a la vez.

—Sí, no pienso dejar ese rastro. En cuanto a esos tres *budokas* que se han quedado con una tarjeta de los fumaderos y con mi llavero personal…

—Ese ha sido un grave error tuyo —le acusó, fríamente Loo Wang—. No debiste atacarles, sin antes estar seguro de su papel en esto. Ahora es tarea tuya recuperar esos objetos, antes de que ellos los utilicen para perjudicarnos. Aunque no tengan nada que ver con la dama criminal, como tu estúpida mente imaginó, ahora si pueden tener interés en nosotros, dado que nos hemos metido con ellos. Y su fama no me gusta nada en ese terreno. Acostumbran a ser muy eficaces.

—Nadie podría serlo ante tus servidores, Wang.

—Los míos los reservo para asuntos de suma importancia. Carlyle, no para estúpidas aventuras sin sentido —replicó, con sequedad, el oriental—. Son demasiado valiosos para…

Se interrumpió. Un gong había sonado suave, musicalmente detrás de los paneles y biombos de la estancia. Wang giró la cabeza. Hizo un gesto con su larga mano Je interminables uñas, y respondió pisando un baldosín de la estancia, junto a una mesa lacada en rojo,

que sostenía unos recipientes de jade puro, tallado a mano siglos atrás. Carlyle escuchó, fascinado. De algún lugar oculto, emergió el tintineo de otro gong, en respuesta, desgranando hasta cuatro golpes suaves, Era, sin duda un sistema de señales, porque un chino silencioso, vestido enteramente de seda negra, apareció, inclinándose ceremonioso ante Wang y hablándole con una cantinela aguda, en su idioma natal. Asintió el *Mandarín.* Hizo un gesto. El servidor se ausentó, inclinada la cerviz, cuino un antiguo chino ante su amo feudal.

—Es para ti —dijo, con tono inexpresivo, Wang, señalando a un muro con largos dedos huesudos y aceitunados—. Urgente.

Carlyle pestañeó, desorientado, hasta ver que se deslizaba silenciosamente un panel en el muro, y emergía un teléfono rojo, brillante, como si fuese un rubí tallado. Una sofisticada incrustación en oro, mostraba las letras L. W., iniciales del *Mandarín* de Chinatown, bajo el contorno de un tradicional dragón chino, encima del aparato telefónico.

—Gracias —balbuceó Carlyle, lomando el auricular—. Dije a mi gente que llamara aquí si había novedades importantes. Tiene que ser algo realmente decisivo para que llamen… ¿Sí, Hchung-Tsao? Soy yo, el patrón. ¿Qué ocurre?

Escuchó atentamente. Su rostro chorreaba sudor. Resopló, excitado. Asintió, y colgó, después de avisar:

—Está bien. Espera órdenes. Estaré en seguida ah:

Se volvió al chino. El teléfono desapareció silenciosa mente en su receptáculo del muro, y el panel se corrió de nuevo en silencio. Loo Wang esperaba, sin revelar impaciencia alguna.

—Era *muy importante* —silabeó—. Y, en cierto modo confirmaba mis sospechas previas.

—Abrevia, Carlyle. ¿De qué se trata?

—Esas chicas, Dyan Nelson y Sybil Dentón. Yo tenía razón. Han hallado su coche mis hombres.

— ¿Dónde?

—Junto a una residencia de Telegraph Hill. Una residencia muy especial. La que ocupan Frank Cole, Lena y Kwan Shand. El santuario de los *Tres Dragones de Oro.* Ellas no estaban en el coche. Evidentemente, están *dentro* de la casa.

—Entiendo —se entornaron, lentamente, los ojos de Loo Wang. Su rostro se convirtió en una máscara siniestra y deshumanizada—. Si esos *Dragones* han pensado unirse a la dama del vestido de oro para limpiar la ciudad de estupefacientes, han cometido el mayor error de su vida Loo Wang no tolera intromisiones en su imperio… Por lo tanto, esta vez, *sí* van a intervenir mis

especialistas en la Muerte. ¡Esos necios, y esa mujer, sea ella quien sea, o sean ellas dos de mutuo acuerdo, van a saber lo qué es la muerte que maneja el *Mandarín Amarillo* de Chinatown!

Los ojos de Carlyle brillaron con excitado entusiasmo.

— ¡Bravo, Wang! —aprobó eufórico—. Ya ansiaba ver en acción a tus temibles siervos. Esta vez, no tienen escapatoria ninguna. ¡Donde ellos van, no queda sino destrucción y muerte!..

## Capítulo VII
## SIERVOS DE LA MUERTE

— De modo que se decidieron a hablar…

—No sé lo que haya podido preguntarnos antes, sometidas a detectores de mentiras y a hipnosis, como usted dijo, señor Cole —suspiró la rubia Dyan Nelson, mirando fijamente al joven luchador americano—. Pero lo cierto es que ahora ha preguntado usted algo sobre un tema que no tengo por qué soslayar.

—Ni yo tampoco —añadió la morenita y opulenta Sybil Dentón —. Mi esposo estaba metido en feos asuntos que yo ignoraba antes de casarme, es cierto. Pero tuvo la honradez de informarme apenas nos casamos y trató de liberarse de su vida anterior. No le dejaron El premio fue un brutal ataque que le causó la muerte. Enviudé de Duke justamente a las dos semanas de haber sido su esposa… Juré vengarle, no lo niego.

— ¿Y… lo hizo? —preguntó directamente Frank.

— Desgraciadamente, no —suspiró Sybil, con una luz de tristeza en sus ambarinos ojos—. ¿Qué podía yo hacer frente a un enemigo tan poderoso como esa gente?

— ¿Cómo se conocieron ustedes dos? —indagó Frank. volviendo

a mirar a Dyan.

La rubia parpadeó, tratando acaso de recordar, o intentando ocultar, de sí misma al nuevo interrogatorio algo ahora consciente, que sufrían por parte de Cole.

—Leí algo en los periódicos sobre Sybil y su marido asesinado. Traté de ponerme en contacto con ella. Nos hicimos amigas. Luego, le sugerí aprender a luchar, a defenderse de cualquier peligro. Y acudimos a ese *dojo* de Nob Hill que yo conocía.

—Entiendo —Cole las miró fijamente—. ¿Siguen pensando en la venganza?

—No —dijo con sencillez Dyan, clavando sus azules ojos en Cole —. Le juro que no. No entiendo por qué pudimos atacarle. Esto no tiene sentido. .

—Tiene sentido en algo: fueron hipnotizadas. Al menos, *tres* de ustedes lo fueron.

— *¿Tres?* —Dyan y Sybil cambiaron una mirada perpleja con sus otras dos compañeras, la pelirroja Kathy Jordán y la rubia más oscura, Ivy Lukas—. ¿Y la cuarta?

—Tengo una sospecha cierta —declaró Cole fríamente. Las miró una por una. Las fue señalando con dedo enérgico— Tres de ustedes ignoran por completo para qué fueron hipnotizadas ni por quién. Pero hay una cuarta mujer entre ustedes, que actuó deliberadamente, introduciendo a las demás a matarme, y autohipnotizándose ella a sí misma, por si las cosas Salían mal y, como ha ocurrido, era sometida a algún interrogatorio especial, a un detector o a una dosis de pentotal.

— ¡Eso es fantástico! —Rió la pelirroja Kathy—. Suena a novela de ciencia ficción, señor Cole. ¿Quién de nosotras tendría suficiente inteligencia, poder mental y astucia para planear todas las cosas tan complicada mente?

—La misma que tiene suficiente valor y sangre fría para asesinar a un hombre tras otro, en nombre de algún oculto motivo vengador —dijo, fríamente. Cole—. Una de ustedes tres, estoy seguro. Pero ignoro

cuál.

— ¿De veras imagina a Dyan, a Sybil, a Kathy o a mí, capaces de algo semejante? —se extraño Ivy Lukas— ¿Sólo porque fuimos capaces de atacarle estando hipnotizadas?

—No es por eso. Es que no veo cómo una quinta persona pudo reuniríás a todas ustedes y sugestionarlas simultáneamente. En cambio, tiene mucho más sentido imaginar que, una vez reunidas ustedes cuatro, como habitualmente hacen, *una sola* de entre ustedes procediese a hipnotizar a las otras tres, ordenándolas matar a Frank Cole.

— Es sólo una hipótesis, y no muy sólida —rechazo Dyan, con arrogancia—. Aunque eso fuera cierto, ¿qué razones tendría esa mujer vestida de oro para querer matarle a usted, Cole? y además, para hacerlo de modo diferente a los demás crímenes que no nos ha referido…

—Los motivos, los ignoro. Como ignoro los que tu[1], o para querer matar a otras personas. Lo evidente es que cometió un trágico error, asesinando a un amigo mío; debió descubrir entre las ropas de éste alguna mención a mi nombre y domicilio, y esa mujer temió que yo quisiera hacer justicia en la muerte de mi amigo Starrett, como así es. Se le ocurrió deshacerse de un *Dragón de Oro,* y no vio otra forma mejor que enviando contra mí la fuerza suya y de tres compañeras suyas, excelentes *budokas* todas como ellas no hacían algo así conscientemente, por ser mujeres y por ser practicantes de nobles *Artes Marciales,* recurrió a la hipnosis, para ello.

—Debe ser muy buena como hipnotizadora —opinó Kathy Jordán, acariciándose, pensativa, sus rojos cabellos.

—Evidentemente, lo es. Tiene una mente fría, lúcida y tremendamente cruel. No se detiene ante nada, con tal de alcanzar su objetivo básico: la venganza.

—Por tanto, Sybil y yo somos las principales sospechosas — apuntó Dyan, irónica.

—Tienen el motivo, cuando menos —apuntó Cole, con sequedad.

—Según eso, yo también puedo ser la dama de oro sonó Ta voz. de Ivy Lukas.

— ¿Usted? —Cole miró a la joven de cabellos color miel y ojos de ámbar—. ¿Por qué?

—Tengo un motivo —señaló con frialdad—. Un motivo para matar.

— ¡Ivy! ¿Tú?—se sorprendió Dyan, parpadeando—, No tema idea de que...

—Deje que ella lo cuente —suspiró Frank Cole— Adelante, Ivy. ¿Qué motivo es ése?

—Yo... yo he sido una drogadicta.

— ¿Usted?

—Sí —susurró la joven, como avergonzada, mirando a Cole y a sus tres amigas—. Yo lo perdí todo por las drogas. Mi pequeña fortuna personal, mi prometido que se casó con otra, mi familia, que me apartó de sí y renegó de mi persona... Lo perdí todo. Estuve al borde de la desesperación. Me prostituí un tiempo, cuando no tenía dinero, a cambio de la dosis de costumbre. Fue horrible, abyecto. Los fumaderos mixtos de Loo Wang, los burdeles disfrazados de casas de té de la *Cadena Zeleste,* del gordo Carlyle... ¡Oh, por el amor de Dios, no me haga evocar todo eso! —Y estalló en amargo llanto.

—Serénese —la calmó Cole suavemente, mirándola con ojos limpios y nobles. Sus manos viriles, que saben ser duras con el enemigo, y suaves con los amigos, acariciaron los cabellos color de miel, dulcemente—. Vamos pequeña, no necesita recordar más horrores. Basta con lo que ha revelado. Ahora dígame algo, tan sólo... ¿Cómo..., cómo pudo salir finalmente de ese abismo y rehabilitarse?

—Fue cuando... cuando tuve un momento de lucidez Vi a mi antiguo prometido, casado y feliz, junto a su esposa e hijos. Fue un encuentro horrible, en Chinatown. Ellos ya no vivían aquí. Visitaban

el barrio como simples turistas… Yo salía de un fumadero. Me vio. Me reconoció. Vi horror y lástima en sus ojos. Tal vez un último vestigio de amor, un recuerdo agridulce que se rompía en pedazos… Luego, se alejaron. Yo me quedé helada. No sabía qué hacer. Y fui a la bahía, me arrojé al agua… Quería morir, romper para siempre con todo. Me rescataron con vida, me internaron… Hablé con el doctor que me atendía. Era un hombre interesado en el problema de los drogadictos. Supo cuidarme, me sometió a una cura progresiva de desintoxicación. Y llegué a odiar las drogas. Cuando salí de la clínica, tenía solamente veinticuatro años, pero era como si hubiera vivido sesenta. Cambié de vida. Hallé trabajo, olvidé, luché… y luego conocí a Dyan y a Sybil. En el *dojo* al que yo acudía. Kathy era compañera mía de curso en las mismas disciplinas… Todas nos sentimos unidas. Ahora, ya sabe la historia.

Hubo un profundo silencio. Lena y Kwan, que asistían mudos a la charla que Frank sostenía con las cuatro mujeres en una amplia sala de la casa, ante tazas de té y con un fondo de tenue música oriental, se miraron entre sí, impresionados.

Cole enjugó las lágrimas de la muchacha, Ivy le sonrió dulcemente, y puso sus manos sobre el torso de Frank. Parecía confiar ciegamente en él, ahora.

—Gracias, Ivy —dijo, lentamente, Cole—. Ha sido muy sincera.

—Siento tener que ampliar el número de sospechosas —musitó ella, con una triste sonrisa—. Como ve tengo más motivos que Dyan o Sybil para ser la asesina…

— Eso es cierto —suspiró el joven *budoka* rubio— Solo nos falta ya, Kathy…

Se volvió hacia la bella pelirroja. Esta se echó a reír con una mezcla de amargura y sarcasmo. Meneó negativamente su cabeza de cabellos color de cobre. Los ojos entre pardos y grises, brillaron irónicos, con peculiar sentido del humor.

—Lo lamento, Cole —dijo—. No puedo ser una de sus

sospechosas. Yo no tengo nada que ver con esa gente de Chinatown. Hasta hace solamente dos años, residía en un país asiático que estuvo en guerra. Ya sabe; lo de siempre, ahora: primero un gobierno tradicional, lúe so una revolución, guerra civil, ayuda logística de este país… y el caos final, con la implantación de un socialismo democrático, comunista o como quiera llamarlo. Mi familia tenía una posición social. Lo perdió todo en la guerra: el dinero, la hacienda… y la vida. Dicen que los expoliadores fueron sus actuales gobernantes. Pune emigrar, junto con otros muchos refugiados, y regresé a Estados Unidos, que era mi país de origen, después de todo. Apenas llegué, me inscribí en ese *dojo* para no olvidar mis conocimientos de lucha, alcanzados durante mi adolescencia. Es toda la historia. Puede parecer exótica y fascinante por sus emociones, pero le aseguro que resultó sórdida y amarga, en la realidad. Mis tíos y mi abuelo eran toda mi familia allí, porque mis padres murieron durante unas inundaciones, hace años. Cuando vine hacia acá, ya no tenía a nadie.

—Ciertamente, es la única historia desligada de todo esto —admitió Cole, estudiándola con fijeza—. Pero deberé confirmarla. Además, usted pudo traer desde Asia esos objetos tan peculiares que usa nuestra mujer del vestido dorado.

—Eso es cierto. Pero no olvide que todos ellos, y muchos más, se pueden obtener en cualquier tienda de Chinatown, e incluso en los almacenes que venden material, para *Artes Marciales,* por correo.

— *Tuttché* —rió Cole, sordamente—. Está bien, usted queda momentáneamente al margen de toda sospecha. Son sólo tres las mujeres que pueden responder a la identidad de la vengadora que viste de oro.

—En las novelas policíacas, sería ella la culpable — suspiró Sybil Dentón, señalando a su amiga pelirroja.

—La vida no es una novela policíaca, Sybil —negó Cole, con un movimiento de cabeza—. En buena lógica, Ivy no puede ser la culpable. Pero tampoco la descarto aún, hasta no saber si su historia

es cierta. Y tengo medios de averiguarlo. ¿En qué país residió usted, con su familia, hasta el advenimiento de... de ese nuevo gobierno?

Ella se lo dijo. Cole se limitó a escribir el nombre y entregarlo a Kwan. El joven chino salió de la estancia, sabiendo lo que tenía que hacer. El *telex* transmitiría los datos al teniente Dobkin, de Homicidios. Y él investigaría, a través del Departamento de Estado, la verosimilitud o no de la historia de Ivy Lukas.

—Muy bien —suspiró Frank, mirando luego a las bellas jóvenes, una tras otra—. Al menos, hemos llegado a una conclusión evidente. Ya es algo, habida cuenta de la oscuridad en que nos movíamos hasta ahora. Creo que pueden retirarse a descansar, si lo desean. Por lejos que se vayan, dentro de esta ciudad, no podrían escapar si yo las buscara. En esta casa también hay dormitorios suficientes para cuatro huéspedes, pero imagino que preferirán sus respectivos domicilios, y sentirse libres de nosotros, después de las horas vividas aquí.

—Se equivoca —dijo Dyan, tras mirar alternativamente a sus tres compañeras—. Creo que, dada la hora que es, nos quedaríamos muy gustosas aquí, siempre que nos acepte, Cole.

—Muy bien —Frank sonrió, al observar, con una ojeada de soslayo, que la presencia de las cuatro hermosas mujeres bajo el mismo techo, no era del entero agrado de Lena Tiger, cuyo gesto se había ensombrecido, Lena les mostrará sus habitaciones y...

Se quedó repentinamente quieto, en tensión. Sus ojos se clavaron en un panel del muro, donde había empezado a parpadear una luz... Las cuatro damas miraron en esa dirección, sorprendidas.

Rápido, Cole deslizó un panel del muro. Apareció un plano nítidamente trazado sobre un tablero de vidrio luminoso. Por él, se movían una serie de puntos también luminosos, trazando un sendero por el plano, y aproximándose a un rectángulo verde.

— Intrusos —dijo Cole, secamente—. Varios intrusos. Al menos, tantos como puntos electromagnéticos en

ese tablero. El rectángulo verde es esta habitación.

—¡Vienen hacia acá! —susurró Ivy, alarmada—. ¡Y son, al menos, una docena!

—Eso parece —asintió Frank—. No pueden venir con buenas intenciones.

— ¿Qué... qué teme que sean? —jadeó Dyan Nelson preocupada, aproximándose a Cole de tal modo, que su cuerpo se apretó a él, sin que Lena lo advirtiera nada la tensión del momento.

Gente de los *Mandarines* de Chinatown, seguro —dijo Cole, tajante—. Tal vez expertos en el arte de matar. Se dice que Loo Wang tiene un cuerpo especial de asesinos. Nadie sabe *cómo* son, realmente, porque todos los que los vieron, no vivieron para contarlo, pero... creo que saldremos de dudas en seguida. Están cerca de aquí.

—Cuente con nosotras —se ofreció Sybil—. Le ayudaremos, Cole. Lucharemos hasta morir, si es preciso.

—Gracias —Frank las miró, preocupado—. Pero ustedes son sólo buenas alumnas. No creo que pudieran hacer nada contra esa gente, si responden a lo que yo me temo...

Kwan, que volvía .en ese momento por la puerta por donde antes hiciera mutis, contempló el panel luminoso y advirtió, preocupado, a Frank:

—He captado la señal de alarma. Ya transmití a Dobkin. Y le informé, también, de lo que sucede... trate de comunicar con el personal de servicio. Nadie responde. Han debido de asesinarles a todos.

Cole asintió, sombrío. Sus palabras no resultaron tranquilizadoras para nadie:

—Me lo temía, Kwan. Esa gente, sea lo que sea... son como máquinas de matar. Cuando las han enviado contra nosotros, es que

están seguros de que no hallarán en su tarea. Además, llevan sistemas para anular los cierres magnéticos de la casa. Mira: ya están ahí, tras esa puerta... ¡Preparados!

Con un gesto enérgico, hizo retroceder hasta el muro opuesto a las cuatro mujeres. El, Lena y Kwan, se mantuvieron erguidos, en guardia, frente a la puerta que, de súbito, se deslizó sin obstáculos, una vez neutralizado su cierre magnético de seguridad por los intrusos.

Y en ese momento, pudieron ver todos a aquella docena larga de terroríficos asesinos especializados, los siniestros siervos ejecutores al servicio de Loo Wang.

El horror sobrecogió, incluso, a los tres Dragones *de Oro.*

* * *

— ¡Frank, no es posible! —jadeó Lena, con estupor sus dilatados ojos fijos aquellas figuras de pesadilla que se movían hacia ellos.

— ¡Dios mío, si no son... *no son humanos!* —fue la interjección, atónita, de Kwan Shang.

—Cierto —asintió fríamente Cole, dominando lo mejor posible su tremenda perplejidad, sin desviar sus ojos de aquellos alucinantes monstruos a los que, por primera vez, se enfrentaban en un duelo mortal que, evidentemente, lo sería mucho más, infinitamente más que en ninguna otra ocasión—. Lo veo igual que vosotros... Ellos son... son asesinos perfectos... Justo lo que necesita Loo Wang...

— ¡Es que son... son GORILAS! —clamó la voz de Osan Nelson, a su espalda.

Y así era.

Se trataba de una docena de no muy grandes simios, pero sí terriblemente feos, oscuros, velludos y amenazadores. Gorilas de largos brazos y achatado rostro, malignos ojos, pequeños y brillantes como puntas de alfiler, y cubiertos con una grotesca indumentaria amarilla que recordaba vagamente el cruzado kimono de los *budokas.*

Constituían un absurdo, pero terrorífico, remedo de hombres dispuestos a luchar en un *dojo.* Sólo que sus rostros oscuros, su mueca estúpida *y* su corpachón peludo, producían escalofríos. Más aún, si uno notaba la rara inteligencia que asomaba a sus ojillos perversos.

—Cuidado —silabeó Frank sordamente, sin perder detalle de sus movimientos, pesados, pero inexorables—. Yo son simios vulgares. Sospecho que están amaestrados… entrenados cuidadosamente para combatir, pata ejercer actividades de *budokas.* Pero éstos no entienden de honorabilidad ni de nobleza. No perdonan. ¡Matan!

Y muy a tiempo, exhaló un grito de advertencia, apartándose de la línea recta que seguían los fanáticos luchadores. Un poderoso gorila saltó hacia adelante, proyectando sobre él unas zarpas vigorosas y mortíferas que. con diestro movimiento, buscaron triturarle el cráneo sin contemplaciones.

Ya Lena Tiger, haciendo alarde de su elasticidad, también brincaba en el aire, como un felino, golpeando con sus pies en el rostro de uno de los gorilas. Este bramó, al sentirse fuertemente dañado por los impactos te *tae-kwon-do y* empezó a chorrear sangre por sus fosas nasales.

Kwan Shang consiguió, gracias a una ágil maniobra para eludir el mazazo devastador del puño cerrado Je uno de los gorilas —en increíble y perfecto golpe *Tale- Ken,* o golpe con *el puño de perfil* de *karate,* para proceder de un simio—, logrando a su vez hundir los dedos de su mano, en postura de *Garra de Águila,* típica del *kung-fu,* en los ojos estrechos de su adversario. Este gorila también emitió un berrido de dolor y de furia, cuando se sintió cegado y dañado por el doble impacto de aquellos dedos que parecían pizas de acero.

— *¡KÍAI!* —rugió Frank Cole, expulsando de todo su ser la potencia, concentración y rigor capaces de contener los *budokas* en sí mismos, tras los momentos de profunda concentración.

Y saltó increíblemente, disparando sus piernas y brazos en ambas direcciones, como aspas de molino, pero certeras y precisas,

buscando el impacto en *atemis,* de sus extraños enemigos, puntos vitales de sus recias y velludas anatomías.

Simultáneamente, en aquel desesperado y desigual duelo contra la masa de asesinos selváticos domesticados por los especialistas de Loo Wang, alcanzó a dos de los gorilas luchadores, cada uno de ellos recibiendo un golpe *Ashi-Waza,* o impacto con el pie, a la vez que un mazazo en *Tsutchi-Ken,* o puño utilizado como martillo. Los puntos elegidos para descargar ambos impactos, fueron en los dos casos los mismos: *Sho-to* o entrecejo, con el puño, y nuez de Adán o *Hichu* con el pie inconcebiblemente elevado.

Ambos gorilas casetón como fulminados, indudablemente muertos en el acto. Pero aún eran muchos los adversarios en condiciones de luchar, y todos ellos terriblemente poderosos y crueles.

Las cuatro muchachas, realmente aterrorizadas, intentaban con debilidad y alguna torpeza, salir también del apuro, apoyando con golpes esporádicos y, sobre todo con fintas ágiles y peligrosas, que evitaban recibir impactos mortales de necesidad, la acción realmente fantástica de los tres grandes luchadores.

Aun así, la conclusión de la pugna era cada vez más evidente: pese a que los tres *budokas* lucharan con todos sus ímpetus y sabiduría, estaban irremisiblemente condenados a perder la batalla. Y perderla, era morir.

Cole sabía eso, perfectamente. Por ello avisó insistentemente a sus compañeros todos, en tanto se movía como un demonio, convertido en una especie de torbellino humano, por toda la sala, eludiendo milagrosamente los ataques adversarios:

— ¡Procurad agruparos, todos, en el ángulo sur de la habitación, en el que visteis el panel luminoso! ¡Pronto, hacedlo a cualquier precio! Bastará sólo con que lleguemos a estar todos nosotros allí, sólo unos segundos: Lena y Kwan entendieron, asintiendo, sin cesar de luchar. Las cuatro mujeres, pese a ignorar lo que aquello significaría, comprendieron que, de alguna manera, ello podía suponer una

esperanza, la única sin duda, dado lo desesperado de la situación.

Solamente cinco gorilas yacían, cegados, muertos o medio inconscientes, y siete se desplazaban como huracanes por la estancia, triturando muebles, destrozando objetos decorativos de gran valor, y haciendo temblar las paredes con sus rugidos y sus movimientos, pesados, pero devastadores.

Finalmente, por un fugaz momento, Cole observo que ellos siete se agrupaban en el ángulo requerido. Los gorilas, en masa, fueron hacia ellos. El terror aferró angustiosamente a todos ellos. Era una situación tan insólita como trágica.

Pero Cole, con una sangre fría impresionante, sin demostrar emoción alguna en tan decisivos momentos, se limitó a presionar el muro, y oprimir el resorte que una parte del panel dejó visible al instante.

El pasmo sobrecogió a las cuatro mujeres allí reunidas.

Ante sus ojos incrédulos, algo sucedió en la estancia Una súbita luz cegadora azulada, lo sacudió todo. Los gorilas emitieron rugidos de dolor y sorpresa, se agitaron, bailotearon como un extraño *ballet* de monstruos peludos y temibles, antes de desplomarse delante de ellos, en apretado montón, sin dar la más leve señal de vida.

Un fuerte hedor a carne quemada invadió la estancia. De los cuerpos allí amontonados, emergió una nube de vapor o humo... Y todo se quedó en un repentino, dramático silencio.

— ¡Cielos...! —se oyó jadear a la pelirroja Kathy Jordán—. ¿Qué ha sucedido?

—Lo único que podía salvarnos la vida —dijo, lentamente, Frank Cole, mirando con expresión pensativa al ejército de simios asesinos —. Tres cuartas partes del suelo y muros de esta cámara, están electrificados. El voltaje puede graduarse, según la presión, para que aturda a quien recibe la descarga, o para que lo electrocute en el acto. No lo hice aplicar para personas, ciertamente, salvo en el primer caso, si había una emergencia imprevisible. Pero sí por si un día éramos

atacados, como así ha sido, por algo que no fuese realmente *humano.*

Cuando se lucha contra el crimen organizado y contra los que recurren al mal para sus fines, toda precaución es poca. Y así se ha visto, obviamente.

—Es usted admirable, Cole —confesó, con alivio, Sybil Dentón, acercando a Frank su prieto cuerpo curvilíneo, que se pegó al de él. Luego se empinó, cubriendo los labios de Frank con su boca húmeda y entreabierta. El beso se prolongó. Lena enarcó las cejas, con gesto de irritación, pero no dijo nada. Sybil se apartó del joven americano, y le sonrió, dulce su mirada, temblorosos sus labios y sus pechos potentes —. Sí, admirable. Creo que es el primer hombre de quien me enamoraría en el acto...

—Me temo que llegas tarde —rió la rubia y esplendida Dyan Nelson—. Eso nos ocurre a todas, encanto. ¿Es que no lo has notado?

Ivy Lukas, sin embargo, parecía preocupada por motivos menos sentimentales. Miraba, con horror, el montón de carne abrasada, de vello humeante y oscuro, y tuvo un estremecimiento visible.

— ¿Quién podía querer una muerte tan terrible para todos nosotros? —gimió.

— Es evidente que dos grandes cabecillas de los bajos fondos de Chinatown —explicó Cole, indiferente, contemplando, también, el resultado del impacto de alta tensión—, Loo Wang y Douglas Carlyle. Ellos, sin duda, supieron que ustedes estaban aquí. Sospecharon, como yo, que una de las cuatro es la *Dama de Oro.* Y lo demás, es cosa fácil. Pensaban matar siete pájaros de un solo tiro. Pero les 1 alió el plan.

— ¿Y ahora...? —musitó Kathy Jordán, trotándose nerviosamente su roja melena, fija la mirada en Cole, no se sabía si con admiración, con perplejidad u con deseo.

—Ahora, mis queridas amigas, creo que debemos des cansar todos —dijo Frank, con sencillez—. Es lo mejor. En cuanto amanezca, intentaremos algo, pero no antes Lena, ve y muéstrales sus habitaciones. Yo alisaré al teniente Dobkin para que sus hombres se

hagan cargo de esa basura. Y para que sepa cómo las gastan los dos *Mandarines* de Chinatown…

— ¿Así…, usted, no va a descansar? —preguntó Kathy, sin dejar de mirarle.

—De momento, no —sonrió Cole—. No es problema. Bastará un rato de meditación y de abstracción, para que me encuentre como nuevo. No se preocupen por mí. Sigan a Lena. Ella es, ahora, su anfitriona.

La joven mulata miró de soslayo a las cuatro mujeres, con evidente despecho, y les hizo un gesto para que la siguieran. Kwan fue con ella, tal vez para protegerla si aleo sucedía aun en aquella agitada noche.

## Capítulo VIII
## ¿CUAL DE LAS CUATRO?

El teniente Dobkin resopló, tras ver partir el camión con su insólita carga de cadáveres de simios carbonizados y la ambulancia con los servidores de la residencia, muertos a golpes por los temibles luchadores de Loo Wang.

—Vaya nochecita... —comentó, rascándose la nuca bajo su sombrero de fieltro gris claro—. ¿Seguro que no sucederá nada más, Frank?

—Eso, nunca se sabe. —Cole se encogió de hombros, con apariencia tranquila, reposada y fresca, como si hubiera dormido toda la noche. Como él dijera, unos minutos de concentración meditativa y *yoga* habían bastado para hacer de él un hombre descansado, con todos sus reflejos > su actividad física y mental a pleno rendimiento. Al otro lado del jardín que rodeaba la residencia de Telegrap Hill, la noche parecía dispuesta a ponerse en retirada de un momento a otro. Sin embargo, aún quedaba más de una hora de oscuridad. Eso, unido a la densa neblina y la llovizna que volvía a caer sobre San Francisco desde un cielo encapotado, hacían pensar que transcurrirían más de dos horas, antes de que la luz del día llegara a abrirse camino hasta las calles de la ciudad.

—He obtenido algunos datos sobre esa gente, Marston y Carruthers, Frank —dijo Dobkin, tras una pausa.

— ¿Sí? ¿Qué es ello?

—Bueno, parece que eran viejos amigos, aunque luego, aquí, cada uno tiró por un lado: Marston a consumir droga, y Carruthers a suministrarla. Con ellos, había otros tipos amigos suyos: Rod Travis y Jerry Goldstein.

—Goldstein... Trabaja para Loo Wang, también —dijo Cole, recordando la tarjeta plástica de perforaciones electrónicas que obtuviera Kwan Shang de sus agresores.

—Exacto —Dobkin le miró, pensativo—. Y también Rod Travis... que, por cierto, era buen amigo de una chica llamada Jade Lo, y visitaba con frecuencia su casa.

—Jade... —Frank reflexionó, con ojos centelleantes—. De modo que fue eso: mataron a mi amigo Starrett, confundiéndolo con Travis...

—Sí, es lo más probable. Personalmente, creo que ésa es la explicación real de todo.

— ¿Y la chica? ¿Ha podido hablar ya, algo?

— ¿Jade? —Dobkin movió afirmativamente la cabeza. Muy poco. Lo justo para confirmar ese punto en que Travis tenía que estar esa noche con ella en casa A última hora no pudo ir, y la chica entabló amistad con tu amigo... Así son las cosas, Cole. Una trágica jugada del destino para tu pobre amigo...

—Sigue. ¿Qué más sabes sobre esos cuatro tipos?

—Bueno, algunas cosas. Fueron agentes de Loo Wang, en Macao, durante un tiempo. Conocían bien todo aquello, porque fueron mercenarios en algunos sitios. Ya sabes, combatientes a sueldo. Y buen sueldo, por cierto Creo que coincidieron en el llamado Grupo 303, un comando mercenario particularmente brutal y violento. Fueron expulsados por esa razón. Se sabe que estuvieron en Vietnam, Camboya y otros sitios... Una pandilla poco recomendable, Frank. Cuando Loo Wang necesitó gente nueva, aquí, contrató a todos ellos para San Francisco, sacándoles de los bajos fondos de la droga en Macao y Hong Kong. Y aquí se vinieron los cuatro hace ya más de un

año. Sólo Marston, que ya se drogaba allá, siguió drogándose aquí, hasta convertirse en U piltrafa que era cuando le mataron.

— ¿Es todo lo que pudiste averiguar?

—Para ser en unas pocas horas, no está nada mal. Después de todo, sólo buscaba la confirmación de que Loo Wang es el eslabón que une toda esa cadena, el motivo principal de los crímenes. Alguien que odia mucho a ese maldito chino, se ha puesto en pie de guerra para cumplir alguna venganza, ¿no crees?

— Es evidente —asintió Cole, pensativo, moviendo la cabeza—. Una venganza tan cruel como implacable. Eso es lo que está llevando a cabo la *Dama vestida de Oro*. ¡Y pensar que yo la tengo, ahora, bajo mi techo...!

— ¿Eh? —Dobkin pegó un respingo—. ¿A quién?

—Á la *Mujer vestida de Oro,* naturalmente —sonrió Frank con cierto aire distraído que irritó más aún a su amigo, el policía de color perteneciente a la División de Homicidios de San Francisco.

—Oye, ¿me tomas el pelo? —farfulló, de mala gana, Dobkin.

—En absoluto, Dobkin. Ella está aquí, ahora. Seguro.

— ¿Y a qué diablos esperas? Vamos, hay que arrestarla antes de que...

—No, no, espera. No es tan fácil como crees —Cole le detuvo, y le refirió todo lo sucedido aquella noche. Al final, el desconcierto se pintaba en el rostro color chocolate del policía—. ¿Qué te parece la historia?

— ¡Infiernos, no sé...! No tienes ninguna evidencia de que sea así... salvo las motivaciones de tres de ellas para ser capaces de una venganza. Y aun así, habrá sin

duda muchas otras mujeres que tengan cuentas pendientes con esos cerdos, en esta misma ciudad.

—Ya te dije que es pura intuición; un presentimiento. Ellas estaban en trance hipnótico. Las cuatro. Pero sospecho que una se autohipnotizó. Puede hacerse, amigo mío, cuando el hipnotizador es lo bastante bueno y posee una mente dominadora. Estoy intentando saber quién de ellas es…

— ¿Y vas a saberlo? —dudó Dobkin.

—Compréndelo, Dobkin. Ella no ha podido terminar su venganza. La muerte de Rick fue un terrible error. *Necesita* matar a Rod Travis, cuando menos. Y quizá a Goldstein, a Loo Wang, a Carlyle… A todos. O su venganza no sería completa.

— ¿Y tenemos que esperar a que lo haga, para poder intentar algo?

—Cuando menos, tenemos que vigilarla… y esperar que ella misma se delate, intentándolo. Estoy seguro de que lo hará.

—Tal vez tengas razón, pero es un juego muy peligroso…

—Todo esto lo es. Después de ver a esos gorilas en mi casa, ya nada puede resultar realmente peligroso —rió suavemente Cole—. Ahora, creo que es el momento de esperar, sin forzar la situación. Yo he comprobado, como te dije, que el poder mental de esa mujer es notable. Resiste, incluso, a un trance hipnótico ajeno, y a un detector de mentiras, como sin duda resistirá el *pentotal sádico.*

—Una mujer así, es una especie de bomba de relojería. Puede estallar en cualquier momento, y llevarnos a todos por los aires, Frank. Incluidos vosotros tres.

—Tal vez. Pero creo que ahora ya sabe que no hay motivo para asesinarnos, ni tampoco sería fácil hacerlo. Es una mujer cruel, violenta y despiadada, pero no puede ser inhumana. Lo único que desea es que nada se interfiera en su senda vengadora. Y ahora sabe que nosotros no tenemos nada que ver con sus enemigos, ni tampoco

sabemos nada definitivo sobre su identidad leal, como para impedirle llegar al final.

—Entiendo —Dobkin se frotó el mentón, perdida su mirada en el vacío—. De modo que una entre cuatro… Una de ellas, posiblemente una de esas tres que tienen motivos… siempre que la cuarta no nos oculte los suyos.

— ¿Kathy Jordán? —Frank hizo un gesto de incertidumbre—. Averigua cuanto puedas sobre ellas cuatro. Comprueba sus historias. Toma, esto son sus hombres y sus respectivas historias. Hice un estudio de todo ello antes de que llegaras. ¿Podrás hacer algo?

—Desde luego —asintió Dobkin, disponiéndose a partir—. ¿Dejo gente mía aquí, Frank? Sin tus servidores, asesinados por esos gorilas, podéis peligrar frente a Loo Wang…

— No creo que esta noche intente otra vez nada. El fin de sus gorilas, que sin duda conocerá, porque creo que es lo bastante listo como para tener a algún hombre suyo por las cercanías, vigilando la casa con potentes binoculares y que le habrá informado ya de que su» luchadores simiescos salieron de aquí como chatarra.

—Será un rudo golpe para ese pergamino viejo, sin iluda —asintió Dobkin, feliz—. Bien. Frank, te dejo. Voy a la tarea. Hasta pronto. Te llamaré con lo que haya de esas cuatro chicas. Y recuerda: no te fíes de ninguna de ellas, por bonitas que sean.

—De eso, puedes estar seguro —sonrió Cole, agitando su mano en despedida.

Regresó al interior de la casa, y se encaminó a una estancia, para servirse un té aromatizado con hierbas exóticas, y espetar la llegada del día.

Estaba entregado por completo al difícil arte oriental de preparar el té, tan minucioso y ritual como la *Ikebana,* o *Arte de las Flores,* cuando sucedió.

Notó una presencia en la estancia. Se volvió, instintivamente, seguro de que era una mujer la que clavaba ahora los ojos en su nuca.

Por un fugaz instante, todas las fibras de su ser se concentraron, por si la muerte, en forma de mujer hermosa, llegaba a su encuentro.

No estaba equivocado. Era una mujer hermosa. Pero no era la *Muerte.*

—Frank... —dijo ella, con voz tensa.

Era Lena. Había algo raro en su gesto. Cole la apremió:

— ¿Sí? ¿Ocurre algo, Lena?

—Ocurre —asintió ella—. Y no sé cómo pudo ser Pero ocurre.

— ¿Qué es ello?

—Ellas. . Esas cuatro mujeres que parecen tan encandiladas contigo... *Han desaparecido.* Las cuatro. No están en sus alcobas. Ni en parte alguna de la casa...

* * *

Frank Cole se retiró de la última de las cuatro estancias. Cada una de ellas mostraba, en el ambiente, huellas del perfume de cada una de las mujeres que las ocuparon por tan breve tiempo. Las cuatro camas aparecían con las ropas alzadas, las sábanas deshechas, como si sus ocupantes hubieran dormido normalmente en ellas... hasta que algo sucedió.

—Si una de ellas no durmió lo más mínimo, lo disimuló muy bien —dijo Cole, gravemente.

— ¿Crees que una se llevó a las otras tres consigo? —indagó Lena.

—Es lo más lógico.

— ¿Hipnosis otra vez?

—Claro. Nada más sencillo que pasar por los dormitorios de las otras tres, con el más simple de los pretextos. Una hipnosis rápida... y en marcha las cuatro. Si se iba ella sola, sería como revelar su personalidad. Así, sigue el enigma: ¿cuál de las cuatro?

—Pero... ¿cómo pudieron salir de la casa?

—Parece sencillo, ¿no? —Sonrió Cole, mostrando una ventana

abierta, la de la habitación de Dyan Nelson, la hermosa rubia—. Ese es el camino. Por ahí abandonaron el edificio, saltaron al jardín, y salieron de la casa, a espaldas de la puerta principal, sin ser advertidas.

—Frank, tú tienes dispuestos sistemas electrónicos de alarma en toda la casa... Hubiéramos captado algo, ¿no crees?

—No, si ella es tan lista como lo imagino —suspiro Frank—. Lleta algo consigo. Posiblemente un neutralizador de ondas electromagnéticas. Oculto en cualquier parte de su persona. Ya sabe ella que tenemos detectores en la casa. Se limitaría a desconectarlos por el camino. Ven, lo comprobaremos.

Salieron al jardín Cole alzó una tapa como de alcantarilla, entre los setos bien cuidados. Le bastó una ojeada. Los sistemas de alarma estaban paralizados Ninguno de ellos funcionaba, ahora.

Se incorporó, con ojos centelleantes, la expresión tensa.

—Es más lista de lo que imaginaba —comentó—. Ni siquiera es un neutralizador. Usa un ingenio que funde los circuitos y los inutiliza. Es más seguro...

—Esa mujer, sea quien sea, es un verdadero diablo.

—Claro que lo es —asintió Cole—. Y ahora ya a cometer otro acto diabólico.

— ¿Un nuevo asesinato?

—Me temo que sí. Avisaré inmediatamente a Dobkin. Es preciso localizar a Rod Travis, el esbirro de Loo Wang, antes de que ella dé con él. Estoy seguro de que sabe perfectamente dónde encontrarlo...

* * *

Ya lo había encontrado.

Rod Travis estaba allí, trente a ella. Mortalmente lívido, los ojos desorbitados, desencajadas las facciones por el terror. Ni siquiera tenía alientos para hablar o gritar. Quizá porque sabía que, de todos modos, iba a ser perfectamente inútil. El sudor resbalaba, copioso, por su

rostro.

Allí, frente a él, estaba la dama, con su negra capa de terciopelo, su dorado vestido bajo la misma. La claridad lívida de una farola perdida en la niebla, no lejos de allí, centelleaba al reverberar en el tejido de oro de aquella prenda que envolvía un cuerpo seductor y sensual.

—No... no puede hacer eso... —jadeó Travis, con un murmullo ronco, a duras penas salido de su garganta— ¡No puede hacerlo!...

—Sabes que lo haré —dijo, fríamente, la voz de la mujer—. Como hice lo de Marston, lo de Carruthers... Hubo un error y cayó otro hombre, pero eso no podía librarte a ti de la muerte. Y no te vas a librar.

— ¿Cómo... cómo ha podido encontrarme? —jadeó, aterrorizado, el esbirro de Loo Wang.

—No fue difícil. Te he vigilado, te he seguido durante mucho tiempo. A distancia. Sabía tus mínimos movimientos, tus habituales escondrijos cuando las cosas se ponían mal con la policía. Pero no tenía prisa. Ninguna prisa. Tarde o temprano, pagarías por todo. Mira bien, Travis. Mira este vestido, el oro que refulge en mi figura... ¿Eso no te recuerda algo?

—No, no, por el amor de Dios... —sollozó Travis, probando así que *sí* le recordaba, y mucho, aquella prenda centelleante como oro puro—. No lo haga... No Le daré dinero, le compensaré de... de todo...

—No, Travis. Nada puede compensarme ya en el mundo... salvo borrarte de él, como a los demás. ¡Adiós, Rod Travis! Ha llegado tu hora. Buen viaje al infierno, del que nunca más saldrás...

— ¡Noooo! —aulló al fin, con todas sus fuerzas en aquella voz, el hombre agazapado en Los bajos de aquel edificio, intentado ahora, desesperadamente, salvar su vida en peligro.

Y se arrojó con fuerza sobre su verdugo femenino, de dorada melena y dorado vestido.

Ella no tuvo más que soltar la flecha, súbitamente. El tenso arco

japonés vibró con un zumbido sordo, y la cuerda cedió, disparando la flecha emplumada con una potencia brutal

El impacto alcanzó a Rod Travis en pleno cuello. Fue un blanco perfecto. El *Ya,* o flecha emplumada, penetró con un poderoso impulso, atravesando el cuello de Travis como si fuese una simple manzana. El *Yumi,* o arco japonés, se quedó fláccido en las manos enguantadas de la ejecutora, tras disparar la *Muerte* sobre Travis.

Este boqueó, con ojos desorbitados, aferró en vano la varilla emplumada de la flecha, y cayó luego de bruces, agitándose en el suelo, antes de quedar inmóvil.

La *Dama de Oro* contempló fríamente a su víctima, tras aquella perfecta demostración del *Arte Kyu-Do* [1], y se limitó a susurrar con helada voz:

—Nunca debí cometer aquel error con Rick Starrett. No se parecía mucho a ti, pero el hecho de estar en una estancia a media luz, en casa de Jade Lo... me hizo cometer la tremenda equivocación. Lo siento por él. Pero al final te di caza, Travis. Y no serás el último... Tú, ya pagaste tu deuda. Debo seguir adelante, hasta el fin. Luego, no importará mucho que los *Dragones de Uro,* o la policía, descubran mi identidad...

***(1)*** *El arte* ***Kyu-Do,*** *o prácticas de tiro con arco y flecha japoneses —que tienen claras diferencias con los demás arcos existentes—, constituyen una de las disciplinas marciales, pero siempre utilizado como ayuda para desarrollar la personalidad interior de quien lo practica, Pero, evidentemente, usado como arma agresiva, podría resultar tremendamente demoledor*

Se encaminó hacia la salida de los bajos donde acababa de morir su cuarta víctima en pocos días. Pero con súbita sorpresa, la dama del vestido dorado se paró en seco en la escalerilla de acceso a las calles brumosas en que muy pronto iba a despuntar ya el día, y lanzó una imprecación.

— ¡Frank Cole! —Susurró para sí, con ira—. ¡Debí imaginar que sería *demasiado* listo para no sospechar algo…!

E inmediatamente, se lanzó a la carrera, calle adelante, al aire su rubia melena, lanzando lejos sus dorados zapatos, y pisando sus desnudos pies, con una agilidad pasmosa, el negro asfalto callejero.

Por el otro extremo de la calle, acababa de emerger un automóvil cuyos faros barrieron un momento la figura de la mujer en fuga. Era el coche de Frank Cole, y ella lo había reconocido sin dificultad. Por eso emprendía ahora la fuga, desapareciendo rápidamente en una esquina, en uno de aquellos angostos callejones inmediatos al dédalo tortuoso de Chinatown, más complejo aún, en medio de la niebla nocturna.

Frank detuvo su automóvil y se precipitó fuera de él, avisando a Lena Tiger y a Kwan Shang, que le acompañaban:

— ¡Bajad del vehículo! ¡No podría maniobrar por esas calles! ¡Es más práctico perseguirla a pie!

Y corrió con la velocidad de centella, que él podía desarrollar.

Al doblar el recodo del callejón, vislumbró en la distancia, doblando otra esquina, a la dorada figura lanzada en vertiginosa fuga. Aceleró más aún su paso, y cuando llegó a la siguiente esquina, observó que había cobrado ventaja sobre su perseguida. La dama rubia estaba más cerca de él.

Tras de Cole iban Kwan y Lena. En algún punto cercano, aullaban las sirenas de la policía, acudiendo para dar caza a la temible criminal. Era una cacería desesperada, que cada vez les aproximaba más a Chinatown.

Cuando empezaban a elevarse los edificios de tejados de pagoda,

y los carteles chinos Proliferaban por doquier, Cole observó síntomas de agotamiento en su perseguida. Aceleró cuanto le fue posible, mientras la fugitiva cedía terreno por momentos.

Un lívido clarear asomó por detrás de los edificios, dando una luz sucia y gris a las callejuelas mojadas. Algún chino madrugador, sorprendido, contemplaba a ambos corredores y se apresuraba a alejarse, con paso menudo, eludiendo cualquier posible problema ajeno a él.

— ¡Es inútil! —avisó Cole con voz potente, sin dejar de correr, flexibles sus piernas como las de una pantera en su carrera agotadora —, ¡Ya no puede ir a ninguna parte! ¡El juego ha terminado! ¡Es mejor que se detenga; que se rinda de una vez por todas!

Pero ella no cedió. Siguió corriendo, corriendo, como si no tuviera otra cosa que hacer en su vida. Cole no dejó, tampoco. La distancia se reducía más y más.

De pronto, desfallecida, tropezó la fugitiva en el borde de una acera. Se tambaleó, quiso incorporarse, con la falda de color oro desgarrada hasta un largo y bello muslo, pero no le fue posible. Frank Cole estaba ya junto a ella.

Se alargó su brazo, aferró el de ella, en una llave rápida, y la redujo contra el asfalto mojado. Contempló su rostro, bajo la rubia melena que se disponía a arrancar, como si estuviera convencido de que aquel cabello era falso, y otra clase de melena se ocultaba debajo.

Cole mostró su sorpresa al descubrir bajo el cabello rubio, firme y auténtico, los ojos azules, mirándole muy abiertos, y el rostro pálido, suave y bello de Dyan Nelson, la muchacha rubia.

—Usted... —dijo el joven *budoka,* reteniéndola con fuerza contra el asfalto—. Usted, Dyan...

En ese momento, un automóvil emergió de una calle lateral. Unos faros envolvieron a Cole y a ella en un cegador chorro de luz. Cole parpadeó, deslumbrado. Miró hacia el coche.

Luego, la calle fue un infierno, cuando las metralletas entraron

en acción, barriendo la acera con sus ráfagas de proyectiles mortíferos.

Proyectiles para Frank Cole y para la *Dama del Vestido de Oro.*

## Capítulo IX
## MUERTE EN CHINATOWN

Una décima de segundo antes de abrir fuego las armas automáticas del misterioso automóvil, ya Frank había intuido el terrible peligro. Fue uno de esos presentimientos suyos. O tal vez que, subconscientemente, captó el destello de la luz diurna o de los reflejos de oro del vestido de la ejecutora, sobre el metal pavonado de las armas...

Fuese lo que fuese, emitió un grito de aviso, y se precipitó en una zambullida vertiginosa, lo más lejos posible del lugar donde se hallaba, tratando de arrastrar consigo a la rubia asesina.

Pero ésta, en un forcejeo absurdo, como si pretendiera impedir que Cole la llevara consigo, puso todas sus energías, que eran bastantes, en rechazar a Frank y quedarse pegada al asfalto, sin moverse.

Lo logró de tal modo, que se zafó de la presa del joven *budoka,* y permaneció allí quieta, a merced de las armas automáticas.

Frank Cole no pudo hacer nada por evitarlo. Sintió una crispación de ira y dolor, cuando el asfalto todo pareció hervir, saltar en pedazos, bajo una doble ráfaga de proyectiles que, desgraciadamente, barrieron también el hermoso cuerpo rubio, agitándolo en un bailoteo frenético, acribillando el tejido dorado, que empezó a teñirse de escarlata. La capa negra, el dorado cabello, las

bellas piernas, los dorados zapatos, todo se cubrió de rojo violento, mientras Dyan Nelson se convertía en una criba.

Luego, rápidamente, el coche arrancó, dispuesto a alejarse del lugar, mientras Cole permanecía tendido en el asfalto, fuera del radio de acción de las armas automáticas, sin poder hacer nada por evitar el brutal asesinato.

Cercanas, sonaron las sirenas policiales. Los faros de dos o tres coches-patrulla llegaron hasta Cole, aproximándose con rapidez. Una voz bronca sonó dentro del coche:

— ¡Vamos, arranca ya! ¡Nos vamos de aquí, maldita sea!

Se iban, tras barrer a tiros a Dyan y haber fallado con Cole. Este no permitió que ello sucediera. Esto, si podía llevarlo a cabo.

Y lo realizó tal y como lo pensara, en simples décimas de segundo.

Su cuerpo todo pareció estallar, al emitir un poderoso, electrizante grito:

— ¡*KIAI!*

Tomó impulso. Se despegó del asfalto como si emprendiera el vuelo por medios mágicos, y sus piernas se flexionaron, mientras un salto increíble, en *Tohi-Kéri,* le proyectaba en el aire, no contra un enemigo derribado, como era habitual en tal *kata,* sino en proyección hacia el parabrisas del coche fugitivo.

Sus pió martillearon como dos émbolos demoledores, y el vidrio se pulverizó estrepitosamente, cegando a los ocupantes, aturdiendo al conductor, que dio un viraje violento al vehículo, y éste se fue a estrellar contra un árbol, arrugándose como si estuviera hecho de cartulina.

Por una portezuela, metralleta en mano, intentó escapar Loo Wang en persona, alto, flaco s amarillento, mientras el gordísimo Carlyle forcejeaba, desesperado, por imitarle, con otra metralleta en sus manos empotrado dentro del coche.

Cole saltó desde el coche, y un *Ushiro-Géri* con el talón de su pie

derecho, martilleó brutalmente al chino en una pierna, quebrándole la rótula. Cayó por el asfalto, aullando de dolor, y escapó el arma de sus manos.

Momentos después, Carlyle salía del interior del coche, brazos en alto y el propio teniente Dobkin, pistola en mano, seguido por media docena de agentes uniformados, se hacía cargo de la situación, contemplando con estupor a Cole.

—Bueno, esta vez sí que aferramos a dos peces gordos. Frank —se felicitó Dobkin, aunque contempla, tristemente, el cadáver bañado en sangre de Dyan Nelson—. Lástima que llegáramos tarde para salvar a Travis.

Y a ella, su asesina.

—Sí. Lástima... —asintió Frank, mirando hacia el cuerpo rubio, sin vida. Luego, clavó sus ojos en el chino y en su gordo y fofo compinche—. Esta vez estaréis muchos años fuera de circulación, amigos. Homicidio, e intento de otro, en mi persona...

—Eso no fue un homicidio injustificado —replicó Loo Wang, astuto—. Ella era una criminal... Sólo intentamos capturarla, y pensando que nos atacaría, disparamos. Ningún tribunal nos aplicará más de unos meses de prisión...

—Se equivocan —rio, duramente, Frank Cole con un gesto entre amargo y sombrío, tras mirar atrás, y ver venir a Lena Tiger y a Kwan Shang... con las otras tres mujeres consigo—. Van a ser condenados a muchos años Quizá ambos mueran en prisión... Porque este homicidio

no.se justifica así. Ella..., Dyan Nelson... *NO ERA* la *Dama del Vestido de Oro.*

— ¡Miente! —rugió Carlyle—. ¡Vea sus ropas, teniente! ¡Era ella!

Dobkin miró, perplejo, a Cole. Ya sus amigos y las tres mujeres, con apariencia de estar en trance hipnótico, se hallaban junto a ellos.

—Eso es cierto, Frank —señaló el policía—. ¿Qué tiene que decir de ello?

—Lo siento, Dobkin. Sobre todo, por Dyan. Era una buena chica. No merecía morir así, brutalmente asesinada, sin saber siquiera lo que hacía...

— ¿Qué quieres decir? —indagó vivamente Lena Tiger.

—Mirad sus zapatos. Son dorados. Como su vestido.

—Sí, ¿y qué? —Mascullό Dobkin—. Eso no significa nada.

—Claro que lo significa. Yo vi a la asesina de Travis huir. *Se despojó* de sus zapatos para iniciar la fuga. No podía ir ahora, *calzada,* por lo tanto.

— ¡Frank! —kwan Shang mostróse atónito—. ¿Qué ocurre, entonces?

—Una de ellas es muy astuta. Y despiadada. No permite que nada se interponga en su camino —señaló a las tres hermosas muchachas hipnotizadas, que parecían por completo ausentes—. Ni siquiera una buena amiga. Sacrificó a Dyan para salvarse ella. En una de las esquinas, hizo el cambio. Tenía vestida, con ropas iguales a las suyas, a una de las otras tres. La dejó en su lugar, ordenándole seguir corriendo. Y ella, rápida, se despojó de esas ropas, que deben ir preparadas con rápidas cremalleras, y se quedó con las prendas que ahora lleva, fingiendo estar hipnotizada, como sus dos compañeras.

—De modo que ahora es una entre tres… —Susurro Dobkin, mientras sus hombres esposaban a los dos caciques de Chinatown—. ¡Cielos!, pero *¿quién,* Frank?

—No es difícil ya descubrirlo, teniente.

— ¿Te estás burlando? Yo no puedo señalar a una en concreto…

— Yo, si. No. necesito que me confirmes su historia para saber cuál de ellas es. Pese a su astucia e inteligencia. cometió un error. Uno solo: creer que yo no lomaría mis medidas para seguir su pista si intentaba huir, como así lo hizo. Las tomé, Dobkin. Por eso sabía *dónde* estaba ella, asesinando a Travis, aunque llegué demasiado tarde para evitarlo. Después de todo, seguirlas radiaciones que lanza un emisor electrónico, no es tan rápido como parece, aunque a veces sea el único medio de llegar a alguna parte.

— Un. . ¿qué? —farfullo el oficial de Homicidios.

—Un emisor diminuto que emite radiaciones electromagnéticas, capaces de ser seguidas y detectadas por un receptor que llevo yo conmigo —dijo Cole, exhibiendo en su mano un pequeño disco que emitía un zumbido leve pero continuado e insistente, mientras una diminuta luz roja parpadeaba en su centro con suma rapidez—. Lo he utilizado en otras ocasiones con éxito. Obsérvalo: detecta *muy* próximo el emisor. De modo que esta aquí mismo. En una de ellas tres. Bastará que aproxime el disco, una a una a las muchachas y en cuanto acelere su ritmo, habremos hallado a la *Dama del Vestido de Oro*. A la auténtica.

—Y eso, convertirá a Loo Wang y a Carlyle, en culpables de homicidio en primer grado, e intento de ase sinato en tu persona... Al

menos, veinte años de prisión —Los ojos cíe Dobkin brillaron, mientras palidecían los dos prohombres del hampa, horrorizados con esa posibilidad, imprevisible para ellos.

—Exacto. No sólo buscaban eliminar a su enemiga, sino asesinarme a mi también. Pero ellos ya no cuentan. Han caído definitivamente. Ahora es ella… ella, quien debe caer. No se puede tener su crueldad, su odio, su maldad, su tremendo egoísmo, hasta el punto de sacrificar a todos, en nombre de su propia venganza. .

— ¿Cómo no supo, ella, que llevaba consigo el emisor?

—Se lo instalé en casa, sin que pudiera notarlo.

— ¿Sospechabas de… de ellas? ¿Sabías quién era después de todo?

—Lo imaginaba, apenas supe algo. Luego, tus palabras confirmaron mis sospechas. Podía estar en un error, pero creí que no. Ese emisor me llevó hasta Travis cuando acababa de morir asesinado. De modo que aceité. Ella era la ejecutora. Ahora sabrás su identidad.

Se aproximó a las tres mujeres. El detector empezó a aumentar de ritmo. Como en trance aún, seguían allí Ivy Lukas, la muchacha del cabello color de miel; Sybil Dentón, prieta, morena de cabello y de carnes, plena de curvas; y la pelirroja y atractiva Kathy Jordán.

Aparentemente, hipnotizadas las tres. Inmóviles, sin emociones. Pero sólo duró mientras Cole daba unos pasos, Apenas se inclinó hacia ellas y el detector de su mano comenzó a acelerar más y más su sonido y el parpadeo de la luz, una de ellas se irguió, sacudió la cabeza, sus ojos cobraron luz y animación, y su rostro se puso pálido, tenso, como una máscara de odio y de ira hacia Frank Cole.

— ¡Maldito sea…! —musitó—. Pude haberlo logrado. Pude haberme vengado de todos… y usted lo estropeó todo… ¿Cómo pudo sospechar de mí? Era la única…, la única que no tenía motivos…

—Fue sencillo, Kathy Jordán —respondió Frank Cole lentamente, clavando sus ojos en la bella pelirroja con triste dureza—. Ellas *sí* tenían todas un motivo. Y tú las había elegido como amigas

tuyas por alguna oculta razón... Así desviabas toda posible sospecha...

La pelirroja clavaba en él sus ojos con impotencia rabiosa. Dobkin, rápido, dominando su sorpresa, se acercó a ella y la esposó. Kathy miró fríamente al policía, para volver luego a mirar a Cole.

—Eso no era suficiente para saber que yo era la culpable —replicó.

—Cieno, Frank —admitió Dobkin—. ¿Por qué lo hizo, después de todo?

—El motivo estaba lejos. Mucho más lejos que Chinatown y sus caciques de los bajos fondos, Dobkin. El hecho de que todos ellos pertenecieran a la organización de Loo Wang y Carlyle era pura casualidad. Lo que ella buscaba era sólo a *cuatro* hombres. ¿Recuerdas lo que me referiste? Marston, Carruthers, Travis y Goldstein, estaban en Asia, de mercenarios. *Grupo 303*... Crueles y violentos, hasta el punto de ser expulsados del ejército que los contrató. Eso sucedía en un país donde triunfó la revolución. Pero no fueron los revolucionarios, como parecía, quienes robaron toda su fortuna y sus bienes a la familia Jordán, asesinando, además, a los padres de Kathy. Fueron esos mercenarios. Se llevaron el oro, la paz y las vidas. Kathy se grabó sus nombres, sus rostros, al huir a la masacre. Al fin los encontró aquí, en San Francisco... y dispuso su venganza.

—Eso es exacto —asintió ella, amargamente.

— ¿Pero por qué las armas orientales, por qué el vestido de oro? —indagó Dobkin.

—No lo sé, pero imagino que ella quería hacerles recordar, que supieran de algún modo que la venganza venía de Asia, de sus tropelías, allí...

—Es verdad también —afirmó Kathy Jordán—. Es muy listo. Cole. Mataron a mis padres con armas orientales, como una diversión. Mi madre llevaba, ese día, un bello vestido laminado de oro. Ellos no podían olvidarlo. No lo habían olvidado. Lo supe cuando me vio Marston, cuando me vio Carruthers Y, sobre todo, cuando Travis

esperón morir, atravesado por una Hecha emplumada japonesa.

— ¡Cielos, que horrible historia! —suspiró el teniente, empujando también a Kathy Jordán, junto con los hampones de Chinatown—. Frank, es maravilloso que sospecharas tan rápidamente de ella... y le pusieras ese emisor. ¿Dónde lo lleva, por cierto? ¿En sus cabellos, sobre el cuerpo, en las ropas ..?

—En *ninguna parte* —suspiró Cole, lentamente.

— ¿Cómo? ¿Qué acabas de decir? —jadeó Dobkin, estupefacto.

Y todos los demás se volvieron a él, realmente pasmados. Sobre todo, la propia Kathy Jordán, en cuyos ojos pardos y bellos asomó un súbito ramalazo de despecho, de ira, de profunda humillación por la burla.

—Que no podía sospechar de ella aún, Dobkin. En realidad, sólo sospeché cuando me contaste la historia de los cuatro mercenarios en Asia. Entonces sí lo vi claro, pero Kathy ya se había evadido, tras hipnotizar a sus tres amigas... Yo no puse detector alguno a esa mujer. Sencillamente, estuve todo este tiempo pulsando este aparatito, fingiendo que llegaban unas emisiones electrónicas que no existen. Cuanto más veloz era la pulsación, tanto más oscilaba la luz y emitía más rápido sonido. Era un simple truco, ¿comprendes?

—Frank Cole... —susurró Kathy, lívida—. ¡Oh, cómo le odio...!

—Lo siento—dijo él, fríamente—. Yo ni siquiera puedo odiar a alguien que ha sido culpable de la muerte de mi mejor amigo, y del trágico fin de la infortunada Dyan Nelson... No. Kathy, no es odio. No sé odiar. Sólo me das pena. Una pena infinita...

Se alejaron los prisioneros, con la policía. Se quedaron los tres mirando hacia el feo amanecer en Chinatown, junto a las dos hipnotizadas. Una ambulancia cargaba ya, el cuerpo acribillado de Dyan Nelson, víctima inocente de la crueldad de otra mujer.

—Pero entonces, Frank, .¿cómo sabía *dónde* estaba ella, cuando mató a Travis? —quiso saber Lena, profundamente intrigada.

—Mi querida Lena —dijo él, rodeando sus hombros con un

brazo, y besando tiernamente los carnosos labios de la muchacha de color—. No podía saberlo. Pero, al igual que hizo ella, averigüé cuáles eran los escondrijos habituales de Rod Travis, en los malos momentos. Me bastó una llamada desde casa, a un buen amigo que tengo en los bajos fondos de Chinatown. El me dio unas cuantas direcciones, que recorrimos en busca de él, hasta ver salir de aquella casa a la *Dama Vestida de Oro*. ¿Comprendes, ahora?

—Sí. Sólo podías obtener su confesión... haciéndole creer que lo sabías todo.

—Exacto —miró, ahora, a Ivy y a Sybil, y se dispuso a sacarlas del trance hipnótico. Pero antes, volvió a besar a Lena, advirtiéndola —: Y si alguna de estas muchachas me agradece ahora, efusivamente, el haberlas ayudado a salir de este lío..., no te pongas celosa, ¿eh, querida?

La escultural mulata replicó, sin perder momento: —Eso... dependerá del grado de efusión que empleen, querido.

**F I N**



# ¡KIAI

## HEROES DE LAS ARTES MARCIA

**EDITORIAL BRUGUERA, S.**
**en su nueva Serie titula**



## ¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras
puñado de esforzados personajes qu
puesto sus conocimientos en ARTES
CIALES al servicio del BIEN y de la J
CIA.

## ¡KIAI!

es la voz que define la proyección ex
de la fuerza vital que todo hombre
y que los BUDOKAS han sabido pote
hasta límites asombrosos, como un
más, alcanzado en el transcurso del
camino emprendido en pos de la p
ción, tanto física como moral.



**APARICION SEMANAL. ASEGUR**
**RESERVA DE SU EJEMPLAR.**

EDITORIAL BRUGUERA,

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Es

PRECIO EN ESPAÑA: [redacted] P

Impreso en E